

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

«ROUGE BAISER»

*Frank
Caudett*



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

Allí estaba el añorado mobiliario, caro, señorial, recargado incluso, labrado, de color caoba, con aquella enorme cama en la que reposaba bajo el palio que sostenían las columnas de madera emergiendo de los respectivos extremos, en la colcha de un blanco impoluto y su recubierta de gasa trasparente, las artísticas mesillas a cada lado, el enorme peinador con sus cajones de asas doradas y el gran espejo ovoidal enmarcado en oro con artísticos relieves de delicada artesanía...

Delante del espejo, ella.

Allí estaba, sí.



Frank Caudett

«Rouge Baiser»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1607

ePub r1.0

Lds 06.02.19

Título original: «*Rouge Baiser*».

Frank Caudett, 1981

Cubierta: Desilo

ePub modelo

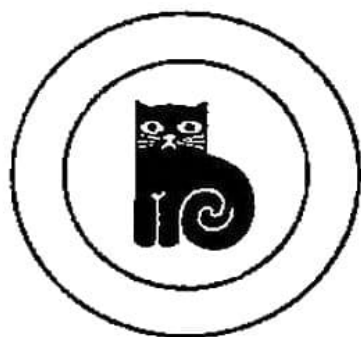
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Palermo, Sicilia, agosto 1980

Gene Feldman detuvo el «Fiat» que había alquilado a las pocas horas de llegar a Palermo frente a un número determinado de la Viale Regina Margherita, número que correspondía a un impresionante palacete de estilo renacentista, situado delante de aquel vasto espacio de verdor que tenía por nombre Parco della Favorita.

Con los pies en tierra oteó a su alrededor y, sin dudarlo unos segundos, se dirigió a la artística verja de hierro forjado, entreabierta, que permitía el acceso a la señorial y ochocentista mansión.

Comprobó, con cierto asombro por su parte, que todo aquello estaba muy descuidado. Empezando por el amplísimo y frondoso jardín de dimensiones cuadrangulares que envolvía la finca, donde los matorrales y las hierbas secas se enredaban descuidada y anárquicamente en el grueso tronco de los arbustos. Las flores estaban marchitas, apercaminadas, los rectángulos de césped pelados y pisoteados, ofreciendo, además de la inicial sensación de abandono y descuido, la certeza y garantía de que hacía muchos meses, quizá años, que nadie se preocupaba de empuñar una manguera y dar de beber a lo que otrora fuese una viva alfombra de colorido y verdor.

Sintiendo crujir bajo sus pies la hojarasca que el viento se había encargado de que invadiese el sendero de arenilla que conducía hasta la entrada del palacete, alcanzó la escalinata de... ¿mármol?, sí, debía ser mármol, aunque ahora sucio y ennegrecido por el

abandono y la apatía de los moradores... ¿moradores?, al menos morador, porque Gene tenía la certeza de que ella estaba allí; por el descuido y abandono de quiénes debieran haberse ocupado de que aquella maravilla del renacentismo ofreciera el aspecto radiante y señorial que le correspondía.

El vestíbulo.

Amplio y de paredes peladas.

Ni un solo mueble. Ni nada que hablase de que allí dentro había rastro de vida humana.

Los salones, también desiertos.

Gene Feldman ya no estaba tan asombrado como al principio y empezaba a dudar de su acierto sobre el viaje a la villa en busca de...

¿Rouge Baiser?

Por la enorme y amplia escalera que también debía ser mármol, ascendió al piso superior y, como hiciera abajo, abriendo cuantas puertas le salieron al paso.

Habitaciones, alcobas que en su día, en su momento, debieron estar ocupadas por costosos muebles del mismo estilo que el arquitectónico de la finca, pero que ahora ofrecían un aspecto desértico, desolador, hasta acongojante.

Estaba llegando al final del pasillo.

La última puerta.

La abrió.

Y allí estaba...

Allí estaba el añorado mobiliario, caro, señorial, recargado incluso, labrado, de color caoba, con aquella enorme cama en la que reposaba bajo el palio que sostenían las columnas de madera emergiendo de los respectivos extremos, en la colcha de un blanco impoluto y su recubierta de gasa transparente, las artísticas mesillas a cada lado, el enorme peinador con sus cajones de asas doradas y el gran espejo ovalado enmarcado en oro con artísticos relieves de delicada artesanía...

Delante del espejo, ella.

Allí estaba, sí.

Peinando su larga cabellera azabache con perezosa negligencia, con el hechizo cautivador y sexual que se desprendía de su desnuda naturaleza llena de trazos geométricos, exhaustivos en algún punto

determinado, despidiendo una fragancia turbadora, un aroma lujurioso que se filtró a las fosas nasales de Gene Feldman. Estaba, sí.

Rouge Baiser.

Estaba «castigando» las hebras negrísimas que daban marco a su cabeza y sin apartar la mirada del espejo, que parcialmente reproducía la imagen del hombre que continuaba a un par de pasos por delante del marco de la puerta.

—Has tardado mucho en llegar. Gene.

—¿Me esperabas?

—Es lógico. Un hombre inteligente como tú tenía que saber adónde me dirigía yo. Sabía al desaparecer de París cual era mi punto de destino y que no tardarías en aparecer aquí. Me imagino que estás un tanto decepcionado por el aspecto desolador que ofrece el palacio de los Santini.

—Suponía que alguien se habría encargado de cuidar de él después de la muerte de tu madre. Porque tu verdadero nombre es Dominique Moreau, hija de Madeleine Moreau, la mujer que deslumbró a Hollywood en la década de los cuarenta, y de Henry Temple, afamado director cinematográfico de la época. Corrígeme si estoy equivocado.

Seguía peinándose con su indolente abandono.

—Los hombres de la

C. I. A.

nunca se equivocan, Gene. Aunque debo admitir que tu papel de corresponsal en París del «CHICAGO SUN» lo escenificas magistralmente.... ¿Y ahora...?

—La verdad, Dominique, la verdad. ¿Es cierto que *Rouge Baiser* está muerta?

—Muy cierto. ¿Quieres comprobarlo?

El se encogió de hombros.

—No es que tenga un interés muy especial. Pero si te empeñas...

—¿Permites que me cubra con algo? Estamos solos en el interior de este inmenso laberinto, pero temo que mi desnudez te turbe.

—Tu pudor habla en favor de tu castidad. Me conmueves, palabra.

Y la observó con atención, viendo cómo de encima del tocador tomaba una barrita de lápiz labial para deslizarla por encima de su

boca sensual, jugosa, húmeda, de labios ligeramente gordezuelos y carnosos, los cuales ahuecó para que el estridente color escarlata de la barra cubriese con su brillantez toda la superficie de su boca. Dijo:

—Soy hija de *Rouge Baiser* y en algo tenía que parecerme, ¿no?

Gene Feldman, en apariencia indiferente, no hizo comentario alguno.

Ella se puso una larga bata de terciopelo verde, sin cinturón, que mantuvo sujeta a la cintura con los dedos de su diestra.

—Vienes conmigo... ¿o tienes miedo?

El hombre le mostró la automática, negra, pavonada, de reflejos azulados nacidos en el tono intenso de su fúnebre negrura, con el correspondiente tubo silenciador enroscado al cañón del arma.

—No. Este pedazo de metal, hierro o lo que sea me confiere el valor que una mujer como tú me sustrae. Pienso matarte de todas formas, ¿sabes?

—Has cambiado mucho, Gene. En París, hasta hacías el amor conmigo. Últimamente casi dos veces diarias.

—Reconozco que soy muy débil y que tú eres carne de pecado.

Ella, mirándole intensamente a los ojos, con sus brillantes pupilas de inmensa y redonda negrez, murmuró insinuante, tentadora y provocativa, apartando la mano que apretaba la bata contra su cuerpo de trazado excitante, lúbrico:

—Vuelve a pecar antes de matarme. Estoy indefensa, sola, desarmada... —La bata cayó en tierra—, mis pechos no escupen plomo aunque sí el fuego de la pasión. Mis labios matan, si, pero con besos volcánicos. La última vez. Gene. Hasta los condenados a muerte por los crímenes más horrendos tienen derecho a satisfacer una última voluntad. La mía es el deseo... te deseo a ti, Gene. Quiero estar entre los brazos del Gene pecador que tantas veces me ha amado en mi lecho parisense.

Su tono quedó y suave, su cuerpo exuberante lleno, de vital ardor, la pujanza firme y arrolladora de sus senos mecidos ahora tentadoramente al arrullo de una respiración levemente agitada... todo en conjunto era un prodigio de tentadora turbación.

Gene Feldman sintió que la vista se le nublaba y que su mente oscurecía a la razón para atender el grito vivo, la llamada desesperante de la lujuria.

Era tan hermosa y deseable, le había hecho feliz tantas veces...

Guardó la automática.

Y se encontró con la hembra entre sus brazos y con aquella boca de labios brillantes, relucientes, incrustada en la suya.

La saboreó.

Un sabor a carne en el que se mezclaba el cálido aliento y la jadeante respiración de ella y también el gusto áspero del lápiz labial.

La saliva llevó al interior de su garganta residuos de aquella película rojiza que cubría la ansiosa boca de la mujer.

Y de repente sintió que un extraño nudo taponaba su garganta, que le costaba enormemente respirar, que el aire no llegaba a sus pulmones, que el tórax se le dilataba con perentoria necesidad de inhalar oxígeno...

Ella, sonriente, se había ido alejando de sus brazos, de unos brazos que eran incapaces de ejercer la debida presión para mantener entre ellos el cuerpo deseable de la hembra.

Experimentaba la agobiante sensación de que las sienes iban a estallarle de un momento a otro.

Notaba el calor intenso de sus mejillas enrojecidas, de su rostro congestionado, cuya tonalidad escarlata iba tornándose paulatinamente en morado lo mismo que si floreciesen en su faz innumerables ramitos de siemprevivas.

Las piernas eran incapaces de sostener el peso de su cuerpo.

Se tambaleaba como si estuviera bajo los efectos alucinantes de una monumental borrachera.

Balanceándose sobre la puntera de sus zapatos en desesperado y estéril intento de mantener el equilibrio.

Sus ojos turbios, pegados como si hubieran descendido sobre ellos la telaraña legañosa procedente de un pesado y profundo sueño, captaron por entre una tupida nebulosa la sonrisa cruel de aquellos labios carnosos, gordezuelos, brillantes y hasta cegadores como consecuencia de aquella espesa recubierta roja...

Rouge Baiser.

Y escuchó, muy a lo lejos, como procedentes de ultratumba, las palabras que pronunciaban aquel par de incandescentes pimentones al distanciarse con lentitud exasperante:

—Te estás muriendo, Gene Feldman. Mañana, en los archivos de

la *Central Intelligence Agency*, sacarán tu ficha para ponerle una cruz negra en el vértice superior izquierdo. Pasarás a ser otro mártir anónimo de la causa, uno más a la interminable lista de los que han rendido tributo en la vida a la emocionante profesión del espionaje. No puedes ni despedirte de mí, de la mujer con quien tanto has gozado...

Quiso abrir la boca. Intentó mover los labios.

—Vi... b... or...

—Estás muerto, Gene, muerto.

Y una carcajada gutural, sardónica, coincidió con el impacto fúnebre del cuerpo del hombre al precipitarse violentamente hacia delante, quedando de bruces en tierra.

Inmóvil.

Muerto.

CAPÍTULO II

En un lugar de Florida, octubre 1980

Una extensión aproximada de veinte mil kilómetros cuadrados de jungla, frondosa vegetación, árboles y arbustos, de pájaros y aves de vivísimo y dispar colorido que pueblan el ámbito con el susurro de sus trinos musicales, de canalillos con sus aguas rumorosas, de ensueño polícromo y multicolor, de nenúfares y azucenas, de silencio a veces... un auténtico oasis de paz, reposo y tranquilidad.

Una mancha de lujurioso verdor, de tierras pantanosas, de ciénagas, al sur de la punta subtropical de un mágico y encantador lugar llamado Florida.

La explosiva naturaleza desencadena con la mayor y más intensa vehemencia el vital ardor de su belleza, de su majestuosa frondosidad, de su espíritu pacífico y agreste al mismo tiempo.

Y en un extremo de la jungla, la mansa y sigilosa quietud de las aguas del lago Okeechobee.

Un remanso de paz. Un pedazo de mundo en el que triunfa la imagen viva de la quietud y el silencio únicamente turbados por el gorgoteo de las aves cuando parecen increpar al sol acusándole de su contemplativa pasividad.

Un río de cauces nostálgicos que baña con sus aguas serenas las tribulaciones del ser que busca cobijo, refugio, amparo, soledad, que anhela un lugar ignoto y lejano donde expiar sus mundanas culpas... que desea olvidarse de todo y de todos y de buscar, incluso, el destierro de sí mismo.

Algo que rememora y nos trae al recuerdo aquel paraíso en cuyo centro se encontraba el manantial de la eterna juventud, aquel edén

llamado Shangri-Lha que construyó la imaginación de Hilton para sus «Horizontes Perdidos».

Un lugar, sí, para encontrar quizá el destierro de sí mismo.

Ideal, entonces, para dar refugio a un hombre que se ha olvidado del mundo, que sólo pretende hallar la paz y el sosiego.

Un hombre que muy bien puede llamarse: Keith Wilders.

* * *

En las alturas, planeando sobre la azulada estepa del cielo diáfano, una avioneta de fuselaje deportivo, con franjas horizontales blanquiazules, dejaba que su motor runrunease lánguidamente.

Se perdía a mayor altura sobre las vaporosas nubes que parecían pedazos de espuma, se alejaba hacia el noroeste, describía una graciosa parábola y descendía luego en picado para planear por encima del extenso y enmarañado tapiz de verdor.

El vientre del aparato casi rozaba las cúpulas de los mangles que, con sus ramas largas y extendidas, con sus vástagos arraigando en el suelo, parecían observar preocupados la proximidad del extraño pájaro.

De repente, se aclaró la difusa mancha verde. En el centro de ella, entremedio de los arbustos y la voraz vegetación, surgió un inmenso claro, algo así como una extensa pincelada marronácea.

Una especie de pista de aterrizaje.

El piloto efectuó un último y peligroso picado. Se escuchó ahora con mayor nitidez el rugir severo del motor.

Por un instante pareció que quedaba suspendido en el aire, que permanecía inmóvil y silencioso. El efecto óptico duró apenas unas fracciones de segundo. Después, el pájaro albiazul, obediente a los mandos que manejaba su piloto, tomó tierra con impecable maestría.

Con una suavidad extraordinaria, sin apenas producir ruido. Se apagó al instante el runruneo del motor.

Momentos después, con cierta dificultad, por los años y la falta de ejercicio físico posiblemente, dos hombres abandonaron el deportivo aguilucho de acero para tomar contacto con el húmedo suelo.

—¿Es aquí? —preguntó, asombrado, el segundo que había

descendido a quien le precediera en la toma de tierra.

—Aquí, Gregory. Un poco extraño, ¿verdad?

Gregory C. Shaw miró a su interlocutor y compañero de viaje con genuino desconcierto.

—Un poco, ¿dices? ¡Hay que estar loco para vivir en un lugar como éste!

Ralph Stedman se encogió de hombros. Repuso:

—Keith Wilders está bastante loco. Pero su locura es aceptable, se puede tolerar.

—Espero que hayas estado en lo cierto al venir en busca de semejante «loco-cuerdo».

—No hay otro como él, Gregory. Te lo garantizo.

—Si tú lo dices, Ralph...

Cerca de la improvisada pista de aterrizaje se iniciaba un sendero umbrío que, sobre artísticos y diminutos puentes de troncos, cruzaba en un par o tres de ocasiones un rumoroso canalillo de aguas pacientes y tranquilas.

Por la vecindad distinguíanse arriates, románticas glorietas, floridos cenadores y, rodeándolo todo, la agreste y lúbrica vegetación.

Al término del umbrío pasillo descubrieron los visitantes una inmensa piscina.

¡Increíble! ¡Desconcertante y asombroso!

Una piscina en tierras pantanosas.

Tumbonas, parasoles, mesas, hamacas. Todo distribuido con gusto exquisito en los aledaños del acuoso rectángulo.

Y en el fondo, a lo lejos pero cerca al mismo tiempo, en el centro de un nuevo cuadro que parecía cortado a regla, escuadra y cordel, en medio de la tupida y voraz vegetación, se distinguía la rojiza silueta con pinceladas blancas de una construcción de clásico estilo arquitectónico que traía al pensamiento los edificios que aún existían, contruidos cien o doscientos años atrás, en el centro de las plantaciones algodonerías de Carolyna, Georgia, Louisiana, Mississippi o Alabama, de aquellos Estados de la Confederación cuya independencia y razismo abortaran Abraham Lincoln y sus unionistas, definitivamente, en abril de 1865, en Appomatox, cuando Roberto Eduardo Lee general en jefe de los confederados, se rindió con todos los honores a su enemigo y vencedor, Ulises

Sympson Grant.

Pero aquello, ya era historia.

Pero la construcción que rememoraba aquellos retazos de historia por su estilo colonial y porque en su vecindad —quizá se trataba de un juego del subconsciente o de una mala pasada de la imaginación— aún parecían escucharse aquellos quejidos lastimeros de los negros sudorosos tras la ardua tarea de la recolección algodonera, aquellos *blues* que entonaban después de la agotadora jornada truncando el pacífico silencio de la noche... El edificio de rojizos ladrillos con blancas pinceladas, con su porche y las columnatas que sostenían la marquesina compuesta por dos diagonales en cuyo vértice de unión se fundían para componer un trazado de doble vertiente, la construcción de clásico colonialismo, decíamos, estaba allí, erguida y severa, silenciosa, ante los ojos estupefactos de Ralph Stedman y Gregory C. Shaw.

Siguió el asombro de ambos pero mutándose hasta confeccionar una mueca de aprobación al descubrir algo que notoriamente era de su agrado.

Mujeres.

Bastantes hembras y todas escogidas. Puede que ocho o diez. Húmedos los cuerpos bronceados, exuberantes, sensuales, con una rotundidad en sus explosivos encantos tan agreste y lujuriosa como la misma y salvaje vegetación que enmarcaba aquel desconcertante lugar de Florida.

Habían emergido de la piscina como modernas walkyrias nacidas en la imaginación wagneriana pero trasladadas a través del túnel del tiempo para perder en virtud de una extraña metamorfosis el blanco impoluto de su nivea epidermis y el rubio dorado de sus largos cabellos, trocándose ahora en una morena y tórrida recubierta de sus huesos que eran pocos comparados con la altivez de la carne prieta y cobriza, adquiriendo unas largas melenas azabaches que desprendían azulados destellos y chorreoncitos de agua cuyas gotas salpicaban sus cuerpos totalmente exentos de cualquier prenda que ocultase la feroz agresividad de sus lúbricas naturalezas.

—No me parece que esté tan loco —comentó Gregory C. Shaw, pasando y repasando sus pupilas de chispazos libidinosos por encima de todos y cada uno de aquellos cuerpos tan sugestivos y

vitales como desnudos.

—Ya te he dicho que tu locura es bastante tolerable —le respondió el otro.

Una de aquellas deliciosas muñecas que se imaginaban sabrosas y exquisitas al paladar, la única que lucía un exiguo taparrabos, se había plantado frente a los dos asombrados y ahora un tanto excitados visitantes, inquiriendo, expectante y sin excesiva cordialidad:

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué buscáis aquí?

—Somos... —Stedman vaciló unos segundos antes de proseguir —, somos amigos de Keith Wilders y hemos venido a hablar con él.

—Mi amo no tiene amigos. Mi amo no quiere recibir a nadie.

—¿Y tú... quién eres? —se atrevió a preguntar Gregory C. Shaw.

—Me llamo Morewna. Sirvo a Keith y le soy fiel por encima de todo. Una seminole^[1] siempre le es fiel a su amo hasta después de la muerte. Los deseos de Keith son órdenes para mí. Y Keith, no quiere recibir a nadie.

Y sin más, Morewna dio un giro en seco sobre sus desnudos talones, empezando a caminar con vivo contoneo de sus exuberantes caderas alrededor de las cuales, encandilados, bailaron los ojos de Gregory C. Shaw y Ralph Stedman respectivamente.

Pasaron cerca de los límites de la piscina, alrededor de la cual, las otras, tan bellas, deseables, atractivas y fascinantes como la propia Morewna, tendidas en negligentes posturas, permitían que los rayos calcinadores de Helios «atormentasen» sus explosivas desnudeces.

Finalmente y tras salvar la vegetación taladrada por aquel caminito de suelo húmedo y resbaladizo que se interponía entre el claro donde estaba emplazado el rectángulo de agua y sol y aquél donde se alzaba el colonial edificio, alcanzaron la entrada del mismo.

La seminóle se revolvió para decirles:

—Debéis esperar aquí unos instantes.

Y con el garbo que imprimía a todos sus movimientos especialmente al vivísimo oscilar de sus nalgas encima de aquel par de perfectísimas extremidades inferiores, salvó con impecable agilidad los peldaños y tras empujar la puerta se perdió al otro lado de aquélla en el interior de la casa.

—No he visto nada semejante ni en las películas de James Bond —comentó Shaw, que seguía sin salir de su asombro.

—Sucedé, amigo Gregory, que en contra de la opinión de muchos, la realidad suele a veces superar la ficción, empequeñecerla, dejar en pañales las calenturientas imaginaciones de escritores y guionistas.

—Será eso que tú dices —admitió, sin excesiva convicción.

Nunca había existido otro como él. Posiblemente jamás ninguno de sus mismas características se dejaría caer sobre la faz del planeta de los humanos.

Keith Wilders.

Único y excepcional.

Vencedor en mil batallas, triunfador en todos los frentes, recibido a su regreso en olor de multitud. Algo así como un tribuno dominando los caballos de su cuadriga, luciendo la impecable túnica dorada y blanca, atravesando altivo y sereno los arcos victoriosos, recibiendo sobre su cuerpo el tributo de las flores arrojadas por la muchedumbre que rugía apasionada aclamando sus victorias, triunfos y conquistas.

Un Marco Antonio, ante el que hasta el César debía inclinarse.

Mercenario del amor y de la guerra, de la estrategia, de la propia vida, de cuanto pudiese encontrar en ella para satisfacerle y paladearlo. Arriba de la ciencia, por debajo del dolor.

Tranquilo e inquieto. Escéptico y burlón. Arrollador. Peligroso y hábil en la lucha, difícil enemigo a doblegar. Experto conocedor de la sutileza femenina, desconcertante para ellas, dominador de la hembra hasta reducirla a su voluntad. Inmune e insensible cuando lo deseaba a la poderosa atracción, a la telaraña envolvente que ellas sabían desencadenar alrededor del hombre con la ardiente sutileza de sus pródigos encantos.

Ganador nato en las partidas de la muerte y del amor.

Un auténtico y excepcionalmente apasionado con el cerebro frío e impersonal de una calculadora, anónima, neutra, pero terriblemente efectiva.

Programado para no perder.

Extraña simbiosis de fuego y de hielo.

Licenciado en filosofía por la universidad del mundo. Experto sicólogo según los tratados aprendidos en el interminable manual

de la vida. Técnico en electrónica porque de lo contrario las malvas estarían creciendo años alrededor de su tumba. Dominando varios idiomas a la perfección porque había recorrido mundo y medio — los demás solo habían recorrido medio mundo—, conociendo a fondo varias lenguas orientales y un buen número de dialectos africanos y árabes. Con su cinturón negro que garantizaba la calidad de un con sumado judoka y su cetro de campeón de karate en dos competiciones internacionales.

Todo aquel compendio de sapiencia y contradicciones estaba metido en el interior de una funda física —porque Keith Wilders era de carne y hueso, con poca grasa —desde luego— que alcanzaba una longitud de ciento ochenta y siete centímetros, rematada por una enmarañada mata de negror. —Keith no se hacía la permanente como los *play-boys* de la época, pero su natural despeinado y los rizos que surgían espontáneos adelante y por encima de su frente prestaban la falsa sensación de que si donde culminaba aquel impresionante edificio humano. Los ojos, contradictorios al color del cabello, lo mismo que su sorprendente personalidad de matices disquisitorios, lucían con destellos verdosos y se movían en ocasiones con soñadora transparencia aunque a veces lo hicieran con la glacial frialdad de la muerte. Y en aquellos destellos que navegaban por entre los cauces de la vida y el más allá, saltaban los chispazos de irónico y burlón escepticismo que se convertían en la más importante y acusada faceta de su controvertida personalidad. Allí estaban reunidas las esquirlas viváceas de la más genuina representación del extrovertismo y las pinceladas fúnebres y sombrías del más ancestral introvertismo.

Algo incomprensible que pocos, o pocas, habían llegado a comprender.

Pero sí a temer y admirar.

Keith Wilders.

CAPÍTULO III

Seguimos en un lugar de Florida, octubre 1980

Extraordinariamente sorprendente.

Aquella estancia, como correspondía a los trazos externos arquitectónicos del edificio, estaba amueblada con el más depurado estilo Isabelino^[2].

Sofá de tres medallones, seis sillas y dos butacas de verde tapizado de Damasco que jugaba a la perfección con los cortinajes que cubrían los ventanales. Consola de caoba y superficie de mármol, con su espejo rectangular de moldura dorada y madera al descubierto, sobre la que descansaban, en cada extremo, dos jarrones-globo y en medio de éstos un reloj de cuatro columnas.

En la mitad de la estancia una mesa centro, velador, ovalada, exhibiendo la clásica guantera y unos minúsculos detalles ornamentales de carácter aleatorio.

Pero lo auténticamente sorprendente radicaba en el hecho de que, junto al clásico mobiliario ochocentista, al lado de cada una de las sillas, veíanse extraños colchones multicolores metidos en el interior de enormes conchas marinas que jugaban su papel de ultramodernos sillones o divanes... ¡vaya a saberse!

Del interior de uno de los excéntricos habitáculos de descanso surgió un brazo que se agitó en el aire como si se tratase del de un agente de circulación dirigiendo el tráfico pero que, en realidad, invitaba a adentrarse en la asombrosa sala a los no menos asombrados visitantes.

—¡Adelante, adelante! Acomódense. No estoy acostumbrado a recibir visitas pero siempre resulta un placer encontrarse en casa

con una cara conocida. ¿Me estoy preguntando qué se le ha perdido por Florida, por los Everglades, por mi humilde morada, al señor Stedman, mi ex-jefe,

actual representante de la *Central Intelligence Agency* en el Pentágono y a su ilustre acompañante? ¿Nos presentas, Ralph? ¡Oh, no, no hace falta! Se trata de Gregory C. Shaw, productor cinematográfico y primer magnate de Hollywood. Su hermano, señor Shaw... ¿no es precisamente el jefe supremo de los servicios de la Central^[3] en Europa?

Más que sorprendidos y asombrados, estaban ahora boquiabiertos.

De donde había surgido el brazo salió a continuación, con pereza, como si le costase un enorme sacrificio abandonar la cómoda y negligente postura en que se encontraba al entrar ellos, la figura elástica y atlética del impresionante Keith Wilders, enfundada en un estridente skijama de reluciente color gualda.

Insistió:

—Tomen asiento, se lo ruego —y señalaba indistintamente, las sillas y las delirantes conchas—. Pueden elegir. Donde se encuentren más cómodos.

Lógicamente y hasta con cierto temor eligieron las sillas.

Keith, ahora, les imitó.

—¿No me dices nada, Ralph?

—Deja que me reponga, ¿no?

—¡Oh, sí, naturalmente! Y una vez lo hayas hecho te ruego que suprimas los prolegómenos y las barrocas introducciones a las que tú eres tan dado, ¿comprendes? Quiero decir que vayas recto al grano, que no te andes por las ramas. Ya sabes cómo soy yo... práctico y muy concreto.

Fue Gregory C. Shaw quien, en una especie de arranque de valor y decisión, tomó la iniciativa:

—Hemos... he venido, señor Wilders, a ofrecerle quinientos mil dólares.

—Su generosidad me abruma, caballero. Pero la experiencia me ha enseñado que nadie va por el mundo y menos por un lugar como éste, después de cruzar por el aire muchos miles de kilómetros, regalando billetes de los grandes en esas cantidades como un Papá

Noel cualquiera... si no es a cambio de algo muy específico y determinado.

—Una postura muy integrista la suya, señor Wilders —dijo el hombre de Hollywood.

—Radical, radical, mi querido amigo. Y suprima el «señor», se lo ruego. Hablábamos de quinientos de los grandes, ¿a cambio de qué, señor Shaw?

—De un microfilm.

Wilders, con una sonrisa falsamente ingenua deslizándose por sus carnosos labios y al tiempo que se pellizcaba la barbilla partida por un gracioso hoyuelo, musitó:

—Un microfilm... ¡qué raro! ¿Desde cuándo se dedican por Hollywood al espionaje?

—La cosa no es exactamente como tú la supones, Keith —intervino el hombre de la

C. I. A.

—¡Ah, no...! ¿Cómo es entonces?

Ralph Stedman respondió con otro interrogante.

—¿Has oído hablar de una mujer a la que se conoció bajo el sobrenombre de *Rouge Baiser*?

Wilders estiró las piernas golpeando el piso con el canto de los talones.

—A ver, a ver qué tal ando de memoria... ¡Ya! Madeleine Moreau. Mujer de origen francés que llegó a la meca del séptimo arte allá por el año 1939. En poco tiempo se metió a los peces gordos de Hollywood en el bolsillo y supongo que también en la cama... ¿fue usted uno de ellos, señor Shaw?

—¡Keith, por favor! —Trató de recriminarle Stedman.

—Déjalo, Ralph —intervino Gregory, como quitándole hierro al asunto—. El amigo Wilders tiene un gran sentido del humor.

Keith, como si no hubiese escuchado a ninguno de ellos, prosiguió:

—Fue algo así como la Greta Garbo o la Marilyn Monroe de los 40. Tenía un poco de cada una de aquéllas. La fusión perfecta. Era actriz de carácter y mujer de clase y estilo, de un estuche físico tan impecable como enloquecedor. Se la llamó *Rouge Baiser* por su inveterada manía de pintarse los labios con tonos de rojos muy estridentes. Ello le costó más de una escaramuza dialéctica y

violenta con maquilladores y directores pero, al fin, la Moreau impuso siempre su santa voluntad. Y ahora —los miró a los dos con las cejas enarcadas—, me pregunto yo, un servidor de ustedes, ¿qué tienen que ver quinientos mil dólares, un microfilm y Madeleine Moreau alias *Rouge Baiser*, con su visita a esta casa para ofrecerme aquéllos a cambio de que encuentre éste y me pregunten por ella?

—Si dejas que me explique —apuntó Stedman.

—¡Oh, perdona! —se disculpó irónicamente Wilders, apartando los rizos enmarañados que caían sobre su frente—. Sigo siendo un pecador incorregible.

—Un incorrecto incorregible.

—Cuando iba al colegio, en ocasiones como ésta, solía contestar: «Porque se puede». Pero te dejo que te expliques, Stedman. Soy todo orejas y te doy mi palabra de no interrumpirte más que cuando lo estime necesario. Adelante.

El hombre de la Central, antes de iniciar su parlamento, carraspeó. A renglón seguido:

—Madeleine Moreau fue lo que tú has empezado a decir y algo más. Se metió a Hollywood en el bolsillo y puede que a directores y productores en la cama, algunos sino a todos, como has apuntado, sí. La Moreau; además de ser una hembra excepcional referente a lo físico, con una sensualidad fuera de lo común, de poseer un atractivo sexual como pocas mujeres han reunido en el mundo, a excepción hecha de la Monroe y un par más...

—Coincidimos, Ralph, coincidimos. Yo era un gran admirador de Marilyn. Todavía sigo pensando en ella todas las noches antes de acostarme. Pero sigue, sigue...

—... Además de todo eso y de ser actriz de una pieza, a lo Greta o a lo Jeanette McDonald, por citar algunas de la época pionera del celuloide, practicaba malas artes... magia negra, brujería. Con su cuerpo, por si fuese poco, y sus pócimas y brebajes, enloqueció a muchos hombres: productores, directores, actores... hasta conseguir hacerse durante unos años la dueña y señora de Hollywood; la reina a quienes todos rendían vasallaje y pleitesía.

—¿Por qué no se hace un guión sobre su vida y lo dirige Francis Ford Coppola? Eso está en la línea de «New Apocalipsis», ¿no?

—¡Keith! —estalló Stedman con evidente cabreo—. ¡Estoy hablando en serio!

—No puedo evitar ser un coñón. Disculpa, Ralph. Te sigo escuchando atentamente.

Y siguió Ralph Stedman:

—Todo el mundo rendido a sus pies, adorando a Madeleine Moreau... a *Rouge Baiser* como a ella le hacía gracia y le gustaba que la llamasen. Algo así como una deidad pagana, un auténtico ídolo con la peana de barro. Pero pese a sus supuestos poderes ocultos a sus experiencias en lo que hoy se ha dado en llamar brujología, porque el latín *logos*^[4] ya se aplica a cualquier estúpido neologismo... pese a sus emponzoñadas artes, te decía, Madeleine cayó en las redes del amor. ¡Qué ironía para una mujer como *Rouge Baiser*! Se enamoró perdidamente de un simple y triste cámara, de un pobre desgraciado que se encontraba al otro lado de un objetivo filmando las evoluciones de la diosa del celuloide sonoro: se llamaba Burt Remick.

»Al principio, todos lo tomaron por el típico capricho de mujer encumbrada que descende a lo *Pygmalion*, inviniendo los papeles del sexo, para redimir con su apasionamiento al pobre diablo que apenas sabe expresarse; a la clásica genialidad de hembra excéntrica, de diva pagada de sus virtudes, poderes y hasta vicios, harta y hastiada de todo, cansada de lo fácil, que desea jugar un poquito al trasnochado romanticismo de novela clásica: la princesa enamorada del insignificante trovador. Con el tiempo, se vio que los hechos, la realidad, no respondían a lo que en principio había supuesto la mayoría. *Rouge Baiser* había caído en las redes de su particular *Pigmalion*^[5]; estaba loca por él, lo amaba perdidamente. Y llegó a descubrir además, que Burt Remick no era el pobre desgraciado que se tiraba horas y horas siguiendo con su cámara las evoluciones de la diosa pagana o adorándola en privado, sino todo lo contrario. Porque Burt Remick había concebido un invento sensacional, del que ya había trazado un boceto, del que estaba esbozando un real proyecto había engendrado en su cerebro las líneas maestras de un artificio sensacional que iba a modificar y revolucionar las técnicas a la hora de plasmar en la pantalla las filmaciones cinematográficas.

—¿Me crees si te digo que me tienes en ascuas, Ralph? Ni las novelas de Agatha Christie, Edgar Wallace, Mickey Spillane o George Simenon, consiguen excitarme tanto como tu relato. Es

mucho más apasionante que los folletines por entregas del año 29. Me consume la impaciencia...

—Su ironía y su escepticismo son notorios, señor Wilders —apuntó Gregory C. Shaw, evidentemente molesto ahora.

—Le sugiero que no rae tome demasiado en serio, amigo Shaw —le sonrió Wilders, con manifiesto aire burlón—. Soy rebelde con causa e irónico por parte de padre, porque el mundo me hizo así. Un producto más de la neurálgica sociedad en que vivimos. Yo iba, en realidad, para inadaptado radical, pero los buenos consejos de hombres conspicuos y sesudos como el señor Stedman hicieron de mí un agente secreto. En la Central hasta me agradecieron los servicios prestados el día en que decidí mandarlos a la mierda. ¡Ah...!, vuelvo a sugerirle que cuando se refiera a mí se deje lo de «señor» dentro de la garganta. ¿Decías, Ralph?

El representante de la *Central Intelligence Agency* en el Pentágono, bastante acostumbrado a lo que él llamaba mamarrachadas de Keith, porque no en vano lo había tenido cerca de diez primaveras bajo sus órdenes, se las había tolerado siempre porque Wilders, genialidades aparte, era uno de los más efectivos que figurara desde su fundación en la nómina de la C. I. A.,

y ahora, tenía que seguir tragando mecha, porque lo necesitaba, había ido hasta aquel rincón ignoto porque lo necesitaba y, además, necesitaba convencerlo de que lo necesitaba. Muy rebuscado, sí, pero no menos cierto.

Continuó, como si nada hubiese sucedido:

—Remick había estado trabajando en secreto, durante varios años, en la elaboración de los planos sobre un nuevo sistema de cámara que permitía, por medio de un complicado juego de lentes cóncavos y convexos, algo así como un caleidoscopio de la filmación cinematográfica, la proyección de una película a partir de los laterales de la sala donde tuviese que exhibirse el film; es decir, que si se trataba pongamos por ejemplo de una proyección bélica, el espectador podía aperebirse de la llegada de los tanques, la aviación o los buques de guerra, por medio y a través de dos pantallas laterales, hasta alcanzar el punto álgido de la secuencia en la pantalla del centro, la que podríamos llamar normal. Era, dicho de una forma llana y sencilla, concreta como a ti te gusta que se

digan las cosas, la plasmación de lo que más tarde se llamaría sonido estereofónico, la prolongación del cinemascope, a través de la propia imagen.

—Eso también podía haberse conseguido con un sistema combinado de varias cámaras y proyectores, ¿no? —habló, y en serio por primera vez desde que Ralph Stedman iniciase su relato, el ex-agente de la

C. I. A.

—Hubiera resultado difícilísimo, complicado y sin garantía de éxito, Keith. Porque se hubiesen tenido que rodar varias cintas al mismo tiempo y encajar las secuencias por separado en una labor de montaje no aceptada por el más paciente de los orientales que, además, hubiese costado una fortuna por cinta —le respondió Gregory C. Shaw. Añadiendo—: Además, tal como usted lo plantea, pese a la meticulosa profesionalidad de los montadores, siempre cabía la posibilidad de que se entremezclaran imágenes de una escena con otra. Precisamente eso era lo que Burt Remick había evitado con su sensacional descubrimiento.

—¿Y qué papel jugaba *Rouge Baiser* en el invento de su amante?

Fue Stedman quien le dio ahora la respuesta:

—Muy sencillo, Keith. Por encima del amor, Madeleine Moreau, deseaba más gloria, más dinero y más fama, de la que en pocos años había conseguido. Si ella se arrogaba la maternidad de aquel descubrimiento, amén de una actriz encumbrada y de una hembra deseada, se iba a convertir en un genio espectacular que la haría imprescindible para la industria de Hollywood, sin olvidar los millones de dólares que le reportaría la venta, o si no quería vender, la explotación por su cuenta de la patente del invento.

—Y Burt Remick, ¿qué? ¿De «miranda»?

—No. De cadáver. Y los muertos, ni hablan, ni incordian, ni reclaman. Estaba loco por ella. Y es seguro que *Rouge Baiser*, además de su cuerpo, garantía de infarto si se usaba mucho de él, le había venido administrando pócima tras pócima hasta enajenarlo convirtiéndolo en un pelele, en su esclavo, en un ser que sólo veía por los ojos de ella y que únicamente hablaba por los labios brillantes y estridentes de su idolatrada Madeleine. Consiguió que Burt registrase en un microfilm los planos de su descubrimiento y destruyese los originales... y aquel microfilm quedó en manos de

Rouge Baiser. Como te decía, Burt jugó a ser cadáver, ahorcándose de la noche a la mañana sin que nadie llegara a saber jamás el cómo ni el porqué. Y pocas fechas después sobrevino el incendio que destruyó varios «platos» de la «Meridian Fox» cuando Madeleine Moreau estaba rodando en uno de ellos. Todo muy extraño, muy misterioso, tremendamente confuso...

—*Rouge Baiser*, ¿murió?

—Se supone que sí.

—¿Y el cadáver? —insistió Keith.

—Se encontraron huesos calcinados, ropas quemadas, carnes chamuscadas, objetos que hubieran podido servir para identificar a los muertos totalmente deformados... como anillos, collares, pendientes, broches, agujas de corbata. Había más de ochenta personas en aquel «plato».

—Se les dio a todos por «fiambres» y a otra cosa mariposa —volvió Wilders a su línea irónica.

—Más o menos —cabeceó Stedman.

—¿Y a qué viene ahora resucitar toda esta historia?

—Cabe la posibilidad de que la Moreau siga viva y de que el microfilm esté, intacto, en su poder.

—¿A quién se le ha ocurrido esa genialidad? —quiso saber Keith, desprecizándose una vez más, en olvido de las buenas costumbres, ante sus visitantes y contertulios.

—A un ex-compañero tuyo: Gene Feldman.

—He leído por algún periódico que el corresponsal en París del «CHICAGO SUN», Gene Feldman, murió hace un par de meses en Palermo a consecuencia de... ¿fallo de las coronarias, no?

—No —negó Stedman—. La autopsia reveló residuos de sales de ácido cianhídrico en su estómago. El ácido cianhídrico^[6], como tú sabes...

—Sé. No me lo cuentes. Lo envenenaron. ¿Quién y por qué?

—Si supiésemos tanto no estaríamos aquí —intervino otra vez el magnate hollywoodense.

—Ya. Me viene a la memoria lo de los quinientos mil. Ya he dicho yo que nadie da tanto billete por nada. Otra de mis posturas integristas, señor Shaw. ¿Me necesitan, no? Y... ¿se les ha ocurrido pensar que a lo mejor yo, no necesito ese medio millón? Que un tipo tan excéntrico como yo *pasa* hasta del dinero.

—A nadie le amarga un dulce —apuntó Gregory C. Shaw.

—Una apreciación suya muy respetable pero también muy subjetiva, mi querido amigo. Es un error intentar medir a todo el mundo por el mismo rasero. Si no me amargasen los dulces es posible que todavía siguiera en la Central. De todas formas... —Se pellizcó Keith, de nuevo, la barbilla partida por el gracioso hoyuelo —, ¿qué hacía el bueno de Feldman por tierras sicilianas?

—Imaginamos que seguir la pista de *Rouge Baiser* —repuso Stedman.

—Imaginamos... verbo imaginar. ¿Por qué no me conjugas el verbo concretar, Ralph?

—Hace medio año aproximadamente —el hombre de la *Central Intelligence Agency* fue recto al grano—. Gene Feldman, estableció contacto con un agente del Servicio Secreto alemán, una tal Erika Kesselring, supuesta actriz de revista y varietés que trabajaba en un teatracho del Soho londinense, para obtener información acerca de un nuevo ingenio bélico que iban a experimentar en unas maniobras los países integrantes del Pacto de Varsovia.

—Ya me extrañaba a mí que Breznev y sus boys no hubieran asomado en este asunto.

—¿Quieres callarte de una vez, Keith?

—Quiero, Ralph.

—Ignoramos a consecuencia de qué pero parece ser que en las conversaciones mantenidas entre Erika y Gene surgió el nombre de Madeleine Moreau y la posibilidad de que *Rouge Baiser* estuviese con vida, oculta en algún rincón de Italia. He olvidado decirte que la Moreau, en 1942, adquirió el palacio de los Santini, en Palermo, adaptándolo como residencia o lugar de descanso adonde acudía con cierta frecuencia a pasar breves temporadas.

—¿Qué sucedió con ese palacete a la supuesta muerte de Madeleine?

—Lo heredó Melina Allasio, en la actualidad una anciana, que fue en su día ayuda de cámara, amiga íntima, consejera, representante, única persona que tuvo acceso a la enigmática personalidad de *Rouge Baiser* y de la que se dijo que participaba en los experimentos brujeriles de Madeleine llegando, incluso, a rumorear *sotto voce* un posible pasaje lesbiano-idílico entrambas. Eso último no pasó de ser un posible infundio de los

malintencionados que intentaban romper el mito de la Moreau.

—Pero ¿a través de qué o de quién llegó Feldman hasta el palacio de los Santini?

—Nones. Dejando a un lado que la posibilidad de que *Rouge Baiser* estuviese viva surgiera en los contactos entre la Kesselring y Feldman éste, en París, tenía cierta intimidación con una tal Geraldine Leroux, en teoría y oficialmente corresponsal en la capital francesa del «NEW YORK TIMES», a la que no se le descartan connotaciones de espía pero sin que se hayan podido probar pese a las minuciosas investigaciones que sobre su personalidad se han llevado a cabo por diversos miembros de distintos servicios de inteligencia. También existe una mujer llamada Catherine Bergen, agregada al gabinete de prensa de la Embajada soviética en París. Su origen es confuso; mientras unos aseguran que nació en Stalingrado, hija de un refugiado americano y una residente francesa, otros aseguran que es una infiltrada en la

K. G. B.,

una doble agente...

—Los rusos no toleran esas mascaradas infantiles y tú lo sabes, Ralph. De ser eso último, ya hace tiempo que hubieran llenado su tumba de coronas. Los chicos de Leónidas Breznev son muy suyos para esas cosas.

—Me limito a explicarte lo que sabemos, a informarte de los personajes con quienes mantenía relación en Francia. Puede que se me escapen algunos porque Gene no fuera lo suficiente explícito en sus informes.

—Lo tengo claro —les sorprendió Wilders—. Un agente de la Central bajo su apariencia de periodista se enreda en un asunto que no tiene que ver con su misión ni con su departamento y se lo «ventilan» con cianuro en Palermo. ¿Qué leches le importaba a Feldman la posibilidad de que *Rouge Baiser* estuviese viva?

—El microfilm, Keith. Además el departamento, cuando él dejó entrever esa posibilidad en uno de sus informes rutinarios, le encargó a través de su jefe inmediato en la red europea, Jerome H Shaw, que hiciera investigaciones al respecto.

Una sonrisa cínica floreció en los labios de Wilders.

—¡Clare! ¡Cómo se me había escapado tan elemental detalle! Jerome tiene que cuidar los intereses familiares y hubiera resultado

maravilloso que Feldman diera con el microfilm y éste fuese a parar a sus manos, ¿no, señor Shaw? Su definitiva consagración. Gregory C. Shaw revolucionando las técnicas del celuloide, Hollywood de culo, el magnate convertido en todopoderoso señor feudal de Beverly Hills y países limítrofes. La

C. I. A.

está en decadencia. Hice bien en largarme.

—Usted juzga y prejuiza sin suficientes elementos de juicio, Wilders —se disparó Shaw en tono acre. Ampliando—: No se trata de mi gloria personal, de levantar a las máximas cotas mi ego particular, sino de reintegrar a Hollywood... y no olvide que Hollywood forma parte de los Estados Unidos, algo que es legítimamente suyo. Un descubrimiento nacido en el cerebro de un estadounidense y que de ser cierto que *Rouge Baiser* puede ir a parar a manos extrañas a cambio de una millonada.

—¿Y quién no le asegura a usted, juicios y prejuicios al margen, que si la Moreau sigue vivita y coleando no haya vendido ya el invento de su enamorado Remick?

—Se sabría ya. El país cuya industria cinematográfica lo poseyera estaría haciendo o habría hecho ya las pruebas y ensayos pertinentes y eso sería del dominio público. La prensa está a la que salta y no perdona una noticia de ese calibre.

—Y también es del dominio popular en el conflictivo mundo del espionaje que Gene Feldman ha sido asesinado como consecuencia de andar tras la pista, y posiblemente por el buen camino, de *Rouge Baiser* y el microfilm de marras, cuyo precio, ahora, y por obra y gracia de la muerte de un miembro de la

C. I. A.

habrá subido considerablemente. Ésa es la cuestión, en resumidas cuentas —y suspiró, tras su conclusión, como si exponerla le hubiese fatigado mucho, el irónico y escéptico ex agente de la Central.

Ralph Stedman comprendió que no había que darle más vueltas al asunto.

—¿Aceptas, Keith?

Volvió a desperezarse.

—Tienes mucha gente en plantilla capacitada para hacer el trabajo. Ralph.

—Queremos una persona de quienes sus colegas se hayan olvidado un tanto. Además, no me duelen prendas a la hora de decirte que, aun fuera del cotarro, sigues siendo el mejor.

—Se agradece. Ya sabes que soy muy sensible a los halagos, a las palmaditas en el hombro y a los panegíricos. Pedante que es uno. Es algo que no puedo dominar, lo mismo que mi rebeldía.

—¿Y a los billetes de mil, es usted sensible, Wilders? —inquirió Shaw.

—Su visión materialista de la vida, me carga. Creo que ya hemos dejado antes, bastante claro, ese punto específico de la cuestión. Usted y yo, Gregory C. Shaw, difícilmente nos pondríamos de acuerdo en ningún tipo de transacción comercial. Observe como Stedman, que me conoce tanto como si me hubiera parido, enfoca la cuestión bajo otro punto de vista. Déle una vuelta a su caleidoscopio, Shaw, y olvídense del color con que el Tío Sam imprime sus dólares.

—Entonces —el magnate de Hollywood era incapaz, por momentos, de dominar su indignación frente al burlón escepticismo de Wilders y su contrariedad al intuir que la posibilidad de que el ex-miembro de la

C. I. A.

tomara cartas en el asunto se le estaba escapando de las manos. Insistió—: Entonces, Wilders. ¿Cómo demonios hay que convencerle a usted?

—Con amor, con amor, señor Shaw. ¿No ha oído usted hablar de esa nueva secta llamada «Sendero Cósmico» y de su *leader* el padre Dunleavy, que se han atrevido, con amor, a secuestrar un transatlántico? La televisión ha pasado esa serie hace poco tiempo, hermano Shaw.

Acto seguido, Keith, buscó con la diestra en el interior de la concha donde sus visitantes le sorprendieran en pleno relax, extrayendo un minúsculo adminículo macizo de forma rectangular en el que sobresalían microscópicos pulsadores de distinto color. Accionó uno de ellos.

Inmediatamente, sobre la circunferencia en que se asentaba la mesa de centro, el Isabelino velador, se fue abriendo una corona circular que giró lentamente sobre sí misma. Un anillo de color serrín quedó dibujado en el centro de la estancia y lo que era

velador quedó metamorfoseado en un modernísimo mueble-bar.

Apareció, al mismo tiempo, abriendo la puerta de la estancia sigilosamente, la fiel seminóle.

—¡Morewna! Sirveles un combinado a los caballeros según sus preferencias.

—A mí un *whisky* doble, con agua y sin hielo —dijo Ralph. Y viendo que su acompañante iba a declinar la invitación, le sacudió un disimulado punterazo en el tobillo.

Eso hizo cambiar a Gregory C. Shaw de opinión. Y pidió:

—Un

gin-fizz

, si es tan amable, señorita.

Morewna, a bordo de su excitante y singular taparrabos, hizo los honores. Keith no hizo falta que le dijera lo que deseaba beber, bastante lo sabía ella.

Cuando le entregó a su amo el largo vaso de cristal tallado medio lleno de un brebaje entre verde y violáceo lo besó después en los labios, y él, agradecido, palmeó con la diestra justo la porción que cubría el taparrabos sugestivo.

Morewna, con delicioso contoneo, desapareció tan silenciosamente como había aparecido.

Entonces Wilders alzó su recipiente cristalino.

—¡*Santé*, caballeros a *la votre santé*!

—Salud —repuso Stedman.

Y Gregory C. Shaw, con aspecto y ademán cómico, fuera de su papel y cada vez más confundido, soltó:

—¡*Cin, cin*!

—Aunque no soy prosaico, materialista, interesado, avaricioso ni egoísta, conceptos todos que han quedado bastante claros... ¿verdad, señor Shaw?, aunque no soy todo eso, decía, el sí, «mi sí», ese *sí* que usted espera oír de mis cándidos labios... *vale un millón de dólares, Gregory C. Shaw*. La mitad ahora mismo, por anticipado. Y no se le ocurra entrar en un regateo gitaneril de mercado barriobajero porque es mi última palabra. Por menos, no salgo de mi pacífico y celestial retiro. El mundanal ruido me aterra, la maldad de los humanos me asusta, la puntería de los espías con el gatillo, las hojas de acero o su sutileza con los venenos, me horrorizan. Hace tiempo que decidí dejar de jugarme el pellejo.

Pero ustedes, usted es particular, señor Shaw, ha venido como serpiente manzana en ristre y yo, humilde pecador, veo que no voy a ser capaz de sustraerme a la tentación. ¿Ha traído su talonario de cheques?

El financiero y productor hollywoodense supo estar por primera vez a la altura de las circunstancias y aceptar el ritmo que imponía el desconcertante Wilders.

—Voy a extenderle uno de nominal por quinientos mil dólares, señor Wilders.

Sonrió beatíficamente.

—Se lo he repetido varias veces... Wilders a secas.

CAPÍTULO IV

Palermo, Sicilia, octubre 1980

Ella, seguro, también había querido ser estrella del séptimo arte... pero no.

No debió dar la talla, quizá le faltó suerte, o bien no tuvo la habilidad de acostarse a tiempo con el productor o director que después de empujarla contra el colchón la hubiese proyectado a la fama.

La vida es así de dura e ingrata.

Hubo de conformarse siendo la mano derecha, confidente, amiga íntima y todo lo que se puede ser de una persona... de la diva. Incluso las lenguas viperinas, las sinhueso de los envidiosos y malintencionados, habían hablado en su día de excesiva intimidad. De compartir comida y lecho que, según se mire, puede ser una obra de caridad o una cochinada como la copa de un pino.

De todas formas, aquel vejestorio pintarrajeado, porque se cubría las arrugas de su rostro con excesiva cantidad de potingues faciales, los ajados labios del mismo rojo estridente, del mismo *rouge baiser* que le proporcionara el sobrenombre a Madeleine Moreau, y se calaba una peluca de reluciente blanco para disimular las propias canas o la posible calvicie... aquella calcomanía, digo, no tenía pinta de lesbiana.

—¿Qué quiere de mí, señor?

—Hablar de *Rouge Baiser*.

—Está muerta.

Keith ensayó una de sus clásicas sonrisas que nunca se sabía si era del todo burlona, simplemente escépticas o la apropiada para

cada circunstancia.

—Soy un enamorado de la necrofilia. Me encanta hablar de los muertos, ¿sabe? Es un tema tan apasionante. ¿Cómo murió Madeleine?

—La prensa habló de ello —repuso la anciana pausadamente—. Hubo un incendio en los estudios cuando ella estaba rodando la...

—Los cadáveres no pudieron ser identificados con detalle y usted lo sabe. Cabe la posibilidad de que *Rouge Baiser* no pereciera entre las llamas.

—Eso es absurdo, señor. De estar viva, yo lo hubiese sabido.

—¿Y si a ella no le hubiera interesado que nadie lo supiese?

Movió la cabeza con negativa terquedad.

—Eso no rezaba conmigo, no señor. Yo sabría...

—¿Qué me dice de su hija? —Disparó de repente, Wilders, con la esperanza de desconcertarla.

No lo consiguió.

—Creo que vive en Francia.

—¿Cómo se hace llamar?

—Eso no lo sé. Pero sé que se llama Dominique Moreau.

—Viene por Palermo de vez en cuando, ¿verdad?

Se encogió de hombros la anciana.

—Viene, sí. Pero yo no la veo nunca.

—¿No la ha visto jamás?

—En un par o tres de ocasiones. Pero entonces era muy jovencita. Quince o diecisiete años.

—¿Ha estado recientemente aquí, en el palacio de los Santini?

—No creo. Aquello está abandonado, sucio...

—Usted es la propietaria, ¿no? Madeleine se lo dejó en su testamento.

Melina Allasio lo admitió con un cabezazo de asentimiento.

—Sí. Compró ese antiguo palacio precisamente porque estaba muy cerca del hogar humilde en que yo había nacido y Madeleine quería lo mejor para mí. Deseaba que tuviese una vejez cómoda, tranquila, que estuviera rodeada de gente, criados, dispuestos a atender mis menores indicaciones, mis más absurdos caprichos. Pero no valgo para eso. Con Madeleine murió mi mejor amiga y desde entonces me he sentido muy sola, me he acostumbrado a mi soledad y quiero seguir estando sola. ¿Lo comprende?

—Creo. ¿Qué pasa entonces con el palacio de los Santini?

—Puse la escritura a nombre de Dominique Moreau y se la hice llegar a través de un notario francés.

—¿Recuerda el nombre de ese notario?

La anciana se mordió el rojizo y brillante labio inferior.

—Mi memoria no es muy buena, pero creo... —Apretó más los dientes postizos a buen seguro, contra el labio—, creo... ¡sí! Ya me acuerdo: Jean Decomble.

—Señora Allasio —habló Keith muy lentamente—, usted, a sus años, y cerca ya del fin... disculpe que se lo recuerde con tanta crudeza, no tiene porque mentir, ¿cierto? —No me asusta la muerte ni me importa que me la recuerden— respondió Melina. Ampliando: —No, no tengo ninguna razón específica para mentir. Y como intuyo lo que me va a preguntar a continuación, pongo a Dios por testigo y le juro que Madeleine está muerta.

—¿Dónde la enterraron?

—En el mismo Hollywood. Pero años después su hija hizo inhumar el cadáver y lo trasladó a París. Si mal no recuerdo al *Cimetière du Montparnasse*.

—¿Hace mucho de eso?

—Unos ocho o diez años.

Keith Wilders comprendió que aquella anciana le había dicho todo lo que tenía que decirle, todo lo que podía decirle o todo lo que quería decirle.

Se despidió de Melina Allasio, abandonando el lugar.

Le apetecía caminar.

Y lo hizo, enfrascado en sus pensamientos, por la Vía Guglieimo, hasta asomar a la Piazza Principe di Camporeale.

Allí, se detuvo unos instantes. Anocheecía. Los fluorescentes de las farolas segaban en flor la oscuridad que caía del cielo panormitano. Un suave *venticello* siciliano azotó el rostro curtido de Wilders pero no lo suficiente para disipar las dudas que confundían su mente.

Muchos nombres, demasiadas mujeres: Melina Allasio... descartada por el momento. Quedaban Geraldine Leroux, Catherine Bergen, Erika Kesselring... una de ellas tenía que ser forzosamente la hija de *Rouge Baiser*. ¿Cuál?

La respuesta en París. O quizá en Londres... porque según los

informes que Feldman había facilitado a la Central, la Kesselring actuaba en un teatracho del Soho londinense.

Seguía caminando, maquinalmente. Había enfilado la Via Serradifalco...

Debió ser un sexto sentido porque el coche avanzaba con sigilosa lentitud, con el motor prácticamente ralentizado, apagados los faros, como un bulto negro que pretendía esconderse en la noche hurtándose a los rayos del ciudadano alumbrado... a espaldas de él.

Pero lo intuyó, sí.

Porque Keith Wilders vivía desde hacía muchos años, de milagro, gracias a su intuición.

Giró la cabeza.

Y entonces, el conductor del negruzco vehículo, al percatarse de que Wilders se había percatado de lo que iba a suceder, pisó el gas a fondo, el coche dio un salto hacia delante y, merced al giro brusco del volante, el morro rugió como una fiera precipitándose contra el cuerpo del ex agente de la CIA.

Trazó un escorzo en el aire pero no fue suficiente para eludir la bestial embestida.

—¡La madre que te...!

Tampoco la exclamación, cuyo final soez quedó abortado en flor, fue suficiente para detener la agresiva carrocería y el impacto, seco, demoledor, alcanzó a Wilders en el aire, en plena pirueta, sacudiéndole un doloroso trallazo en mitad del costado izquierdo que lo proyectó contra la tapia del solar rebotando en aquélla como una pelota de goma.

El conductor del coche, cuya fisonomía no alcanzara a ver en principio, y menos ahora aturdido por la contundencia del trompazo, pisó el embrague, metió la marcha atrás, se fue unos metros, hundió de nuevo el pie en el embrague, entró la primera y revolucionando el motor con un brutal acelerón se dispuso a consumir la definitiva y mortal acometida.

Los ojos turbios de Keith, su mirada empañada por el dolor, captaron difusamente lo que podía ser el final. Nunca había contado con el hecho de morir en Sicilia, no. Pero le fallaban las fuerzas, el dolor seguía agujoneándole con impía ferocidad.

Con la misma ferocidad que aquel mal nacido se disponía a echarle el coche encima.

Fracciones de segundo para llenar de aire los pulmones, sacar fuerza de donde no la había, estirarse como un trapecista y salir por los aires justo en el preciso momento que el motor del coche con la carrocería por delante, se incrustaba en el lugar exacto donde instantes antes se encontraba su naturaleza.

El impacto casi hizo tambalear la tapia. Si encuentra a Wilders de por medio, lo prensa. El conductor soltó un sonoro exabrupto en lengua vernácula.

Keith, cada vez más azuzado por el vivísimo dolor que laceraba todo su costado izquierdo, se sirvió del derecho y del brazo que colgaba por aquel lado. Era una lucha titánica porque tuvo la sensación que extraer la automática le costaba un esfuerzo sobrehumano y un período de tiempo muy superior al que la Tierra empleaba en dar una vuelta alrededor del sol.

El fulano, percatándose de que pintaban bastos, trataba de abandonar el vehículo cuyo morro había quedado arrugado como un acordeón.

Saltó a tierra con una navaja en la zurda dispuesto a irse contra Keith para abrirle un ojal en el estómago.

—¡*Porco* extranjero! —Escupió.

Wilders se dijo *in mente* que marrar el disparo significaba su muerte. Tenía que «cargárselo» ya, sin más, porque si daba lugar a un cuerpo a cuerpo, mermado de facultades como estaba, el siciliano se las iba a dar todas en el mismo lado y seguramente lo iba a mandar a ese sitio donde las malvas crecen que es un primor.

¡Ploc! ¡Ploc!

Los dos taponazos en que el silenciador convirtió lo que hubiese sido estampido de los disparos detuvieron en seco la embestida del fulano. Se quedó suspendido unos centímetros por encima del suelo, en el aire, en pleno salto, en mitad del impulso que había tomado para hundir la hoja de acero en la barriga del *porco* extranjero.

Una bala en la frente y otra en la garganta no le permiten ni al más pintado hacer florituras ni «virguerías» por más navaja que lleve.

Con un gesto de estupor en su rostro de facciones malévolas, se vino abajo, de bruces en tierra, camino del otro barrio sin apenas enterarse.

Keith enfundó la automática a toda prisa y se fue encima del

cadáver, aprovechando que nadie transitaba en aquel instante por la zona, con intención de registrarlo. Se inclinaba ya cuando de soslayo, por el rabillo del ojo, advirtió que dentro del vehículo había otro fulano. Pero tenía la cara ensangrentada y un hilillo de líquido rojo resbalaba por encima de su mejilla izquierda procedente de la sien.

«Fiambre» también.

Cogió la cartera de bolsillo del navajero, se la metió en uno de los suyos de la chaqueta y salió del lugar a toda prisa antes de que algún viandante apareciese por allí y las cosas se complicaran.

La policía italiana, los *carabinieri*, al igual que todas las policías del mundo y galaxias colindantes, era muy preguntona.

Ya en su habitación del hotel estudió minuciosamente la «papelada» del panormitano^[7]. Carnet de conducir y tarje ta de identidad extendidos a nombre de Folco Bianquetti. Podía ser un nombre falso. Pero aun suponiendo que se tratase del real, no le decía absolutamente nada. Un *killer* más a sueldo como los había en cualquier parte del mundo y a los que se podía contratar con una simple llamada telefónica, evitando la relación directa, para que el supuesto ejecutor no pudiese ser conectado en ningún momento con la identidad del contratante.

Viejo como el mismo mundo.

Sin embargo, para Keith, el hecho de que apenas poner los pies en Palermo ya hubiesen intentado suprimirle, era harto significativo. Una teoría, sí. Una hipótesis hasta cierto punto relativa, también. Pero muy digna de tenerse en cuenta y de no olvidar. Porque si lo que Wilders estaba imaginando en aquel instante era cierto... Muy precipitado todavía el establecer conclusiones. Aquel rompecabezas tenía muchas piezas sueltas, perdidas, por encajar, y hasta que no consiguiese unir las e irle dando forma, cualquier razonamiento se quedaba en pura y simple teoría.

Había que verlas a ellas y charlar con ellas.

Geraldine Leroux, corresponsal en París —supuestamente— del «NEW YORK TIMES», con muchas posibilidades de que compartiese las tareas periodísticas con las del mundo del espionaje. Un enigma a descifrar.

Catherine Bergen, agregada al gabinete de prensa de la URSS, en

la urbe parisina. ¡Les había dado a todas por el periodismo! Con datos muy confusos acerca de su procedencia y nacimiento. Pero los rusos no se chupaban el dedo y debían estar muy seguros de la integridad de ella para mantenerla en una de sus embajadas con o sin espionaje de por medio. Otra pieza del rompecabezas.

Erika Kesselring ya era harina de otro costal. Que Wilders recordase en aquel momento, la Kesselring, en su ya larga y dilatada carrera —pese a su juventud— dentro del Servicio Secreto germano, había intervenido decisivamente en varios asuntos de importancia y había desfilado por el mundo de los espías con cincuenta pasaportes falsos y otras tantas identidades. Inteligente, fría y calculadora. Poco susceptible a las pasiones, los personalismos y a sus propios sentimientos, si es que los tenía, pero con una única debilidad llamada Boris Komarowsky. El camarada Komarowsky había empezado siendo un chivatillo de poca monta en un edificio ubicado en el número 2 de la plaza Dzerhinsky de Moscú —directorío central de la K. G. B—, un burócrata tiralevistas que incomprensiblemente había sido incorporado al espionaje exterior; bueno, a lo mejor se acostaba con algún alto cargo, porque no debía olvidarse que Stalin, pese a sus depuraciones, no había conseguido limpiar la estepa del todo y algún que otro marica debía de andar suelto por la

K. G. B.

De otra forma no se explicaba lo del camarada Komarowsky.

Pero el tío iba a pelo y a lana porque había tenido sus más y sus menos —mejor sus «más»— con Erika. Un personaje muy enigmático y controvertido la alemanita de marras. ¡Tendría gracia que fuese ella la hija de *Rouge Baiser*! Porque, de acuerdo con la más elemental de las lógicas, tenía que haber sido la hija de Madeleine Moreau quien había colmado de cianuro al bueno de Feldman.

¿Cómo? *Qui lo sa...* que decían los italianos de Italia.

Wilders renunció a más cábalas y echando a un lado los documentos del asesino a sueldo que había «cascado» en el empeño de llevárselo a él por delante, alzó el auricular del teléfono y le dijo a la vocecita candorosa que atendió su llamada en la centralita del hotel:

—Quiero hablar con Washington.

—Veremos cómo están las líneas internacionales, señor —repuso la propietaria de aquella suave vocecilla. Agregando instantes después—: Ha tenido usted suerte. Aguarde unos segundos porque hablará de inmediato...

Ya estaban contestando desde Washington:

—Oficina del señor Stedman —muy impersonal la secretaria, su querida o lo que fuese— ¿quién habla?

—¿Está Ralph por ahí? —inquirió a su vez Keith.

A la que estaba al otro extremo del hilo y casi en la otra punta del mundo no le hizo la menor gracia lo de «Ralph a secas». Insistió:

—¿Se refiere al señor Stedman?

—¿A ti qué te parece, mona? ¿Hay otro Ralph en esa casa? Déjate tu papelito de secretaria eficiente para otro y dile a tu jefe que lo llama «Blancanieves Wilders».

Escuchó de inmediato la voz de Ralph Stedman, prueba evidente de que estaba escuchando desde el principio a través de otro aparato.

—¿Qué sucede, Keith?

—Qué Palermo sigue estando en Sicilia, que en Italia hay muchísimos italianos y unas italianas que están para comérselas y que yo quiero que me mandes urgentemente a París, al Hotel Cayre-Copatel, un cuatro estrellas de *luxe* que dicen por allí, Boulevard Raspail 4, varias fotografías de Madeleine Moreau. ¿Captas, querido?

—Capto. ¿Qué tal han ido las cosas por Palermo?

—Melina Allasio, negativo. ¡Ah...! Se han apresurado a darme la *bienvenida*.

Stedman captó la intencionalidad que Wilders había puesto en el matiz al pronunciar *bienvenida*.

—Pero sin problemas, ¿no?

—Llevo muchos años acostumbrado a que me reciban y sigo vivo. Les he dejado un par de objetos de cementerio a los *carabinieri* para que maten el tiempo. Salgo esta madrugada hacia París. Y quiero encontrarme con las fotos en el Cayre-Copatel a mi llegada, ¿está claro, burócrata de edificio geométrico?

Lo último iba por el Pentágono.

—Allí estarán, Keith.

Colgaron en Palermo. Colgaron en Washington.

Así de sencillo.

CAPÍTULO V

París, octubre 1980

—*Bonjour, chérie. Tú es en retard.*

Ella le sonrió con la mayor de las naturalidades. Sin gestos de sorpresa, sin aspavientos, sin espectacularidad, sin tan siquiera el asomo de una pincelada de temor en sus preciosas pupilas azuladas. Como si lo más normal del mundo fuera llegar al «hogar, dulce hogar» y encontrarse a un desconocido tumbado encima de la cama.

Porque así estaba Keith Wilders. Con las manos pasadas por debajo de la nuca entre ésta y la almohada y las piernas cruzadas con su habitual negligencia.

— *vrai, mais que tu sauras me pardonner. Tu sais, je me suis heurtée á un embouteillage terrible. Et maintenant que je le pense... qui estu que tu fais ici? ¿Et comment te trouves tu dans mon lit*

C'ets

j'spére

¿qu'estce

?

El, sonrisa ingenua en ristre como un chiquillo travieso pillado en falta, extendió ambos brazos hacia delante al tiempo que ahuecaba los hombros. Era como un: «No sé...» o «¿Qué quieres que te diga?». No obstante, repuso:

— *¿Si je te disais que je passais par ici, par le plus pur des hasards... me croirais-tu?*

— ¡Non!

— *Je vais te dire la verité. Je suis en train de me reposer un peu. Je méne une vie tellement dure, que je ne peux pas me permettre le luxe de*

*ne pas profiter la moindre occasion de re pos. Tu me crois ú présent pas
¿n'est-ce
?*

*—¡Pas du tout! que tu as oublié que je parle mieux tan langue que tu
ne parles la mienne. ¿Pour te le demontrer, om va continuer d parler
dans ton jargon... O. K.*

*Est-ce
?*

—¡As you Uke, darling!^[8].

Y tras la exclamación, sonriente y burlona cual de hábito la miró con mayor y mejor detenimiento. Era pelirroja y tenía sus bonitas y picarescas facciones salpicadas por anárquicas pecas que aumentaban su graciosa expresividad. Una monería de chiquilla, sí. Y posiblemente una espía, también. Y puede que la hija de *Rouge Baiser*, probable.

Con una modernísima y rabiosa permanente que aplastaba el cabello desde la nuca hasta la mitad de la cabeza para salir luego los pelirrojos rizos disparados hacia delante terminados por componer una turbulenta visera encima de su despejada frente. Los ojos eran de un impresionante azul oscuro, de mirada inquisitoria, fija, que parecían buscar la permeabilidad en el pensamiento de quien tuviesen delante. Labios gordezuelos unidos en perfecto arco de Cupido, muy rojos, muy pintados... ¿muy herencia de *Rouge Baiser*?

Anatomía más que aceptable la suya de abrupto trazado orográfico. Suaves curvas, deliciosos entrantes, apetecibles y firmes salientes entre los que destacan dos ariscos promontorios que mantenían su firmeza sin la menor de las ayudas. Esbelta. Estilizada. Caderas bien significadas y piernas que se adivinaban ágiles y torneadas, de fino tobillo y perfecta curva ascendente.

Muy *hippie* su indumentaria. De *pasota* que se llamaba ahora. Negligente y anárquica como las pecas de su rostro. Blusa morada y pantalón bombacho de idéntica tonalidad fruncido al tobillo y formando las clásicas arrugas. Encima, una casaca o túnica negra con grandes aberturas laterales, con bordado de flores rojas a la altura del seno izquierdo.

—Y ahora que me has reconocido bien reconocida y estudiado bien estudiada, ¿puedo saber qué pintas aquí?

—*Rouge Baiser*.

Soltó una tenue y burlona carcajada.

—¡Ah...! Eres de éstos. ¿Te pintas los labios?

—Prueba a desnudarte y vas a comprobar lo contrario, linda.

—Muy grosero.

No le dio importancia. Ni caso.

—Como parece no querer enterarte de la película, preguntaré de otro modo, con otro nombre: ¿Gene Feldman?

Ni un parpadeo de sorpresa.

—Era un buen amigo y un excelente compañero.

—¡Claro! No había caído en eso. *Compañero*, sí. ¿También tú andas metida en el mundillo de la chivatería y el espionaje, eh?

—Me estás cargando... ¿cómo has dicho que te llamas?:

—No lo he dicho. ¿A bordo de qué navío de chafarderos vas tú, nena? ¡Ah...! Wilders, Keith Wilders, para servirte en lo que sea. O para romperte esa carita tan mona que tienes si no contestas a satisfacción del preguntador oficial de la *Republique Francaise* que es un servidor de tú. ¿Me decías?

Con toda tranquilidad, Geraldine Leroux, se quitó la casaca morada. Ello le permitió a Keith constatar que tenía un cuerpo de fábula.

—No te decía nada, preguntador oficial. Feldman murió hace dos meses en Palermo a consecuencia de una afección cardíaca cuando trataba de conseguir un reportaje sobre...

—*Rouge Baiser*. De afección cardíaca nada, pequeña. Y tú lo sabes tan bien como yo Cantidades industriales de cianuro. Y ya me estoy cansando de esta conversación rocambolesca, ¿sabes? ¿Qué relaciones mantenías con Feldman? Cuéntarnelas con detalles, incluidos los de alcoba. Soy un tipo muy morbosos. Pero piénsatelo bien antes de seguir con bobadas y evasivas porque cuando se me dilatan los... riñones, palabra que te estropeo la jeta.

Tampoco esta vez consiguió impresionarla.

—¿Siempre vas por el mundo con esas ínfulas de matón de barrio chino?

—Más o menos. Y hasta ahora con resultados positivos.

Geraldine Leroux, de súbito y sin que Wilders lograra adivinar de donde había salido, le mostró una pequeña automática de cachas nacaradas. Para ser más exactos una «Browning» de 6.35 mm., un

juguetito para niñas monas pero tremendamente mortífero si se tenía en cuenta la exigua distancia que separaba a uno de otra. Y se la mostraba con el negro orificio del cañón por delante y con la culata empuñada con muchísima firmeza.

—Se han cambiado los papeles, chulillo americano. Levántate de la cama, despacio, muy despacio... y haz el favor de ponerte contra la pared con las manos en alto apoyadas contra ella y las piernas separadas.

Ahuécó los hombros por segunda vez al tiempo que le mostraba abiertas las palmas de las manos.

—Tú ganas. Eso me pasa por subestimar a las chicas bonitas.

—He dicho que muy despacio, no lo olvides...

Empezó a moverse, como ella le estaba *recomendando*, muy despacio.

Pero...

Lo que sucedió a renglón seguido, en fracciones de segundo, fue para ser visto —y con enormes dosis de estupefacción— y no para ser narrado.

Como si los supuestos muelles del colchón proyectasen a Keith hacia arriba vertiginosamente, su elasticidad casi circense se puso en evidencia haciendo volar su naturaleza en fulminante planeo al tiempo que sus piernas Cobraban movilidad, efectuando lo que en *foot-ball*

se llamaba «tijereta» o «chilena», alcanzando con la puntera del zapato izquierdo la muñeca armada de Geraldine —sonoro el impacto que hizo crujir los huesos de la muchacha— enviando la «Browning» por los aires, y con la derecha el flanco de la mujer, suave, evitando hacerle más daño del necesario.

La Leroux se fue al suelo con su permanente y todo.

Wilders, sonriente, estaba de pie frente a ella.

—Te ves muy ridícula, prenda.

Geraldine dejó ir una sonrisa infantil mientras seguía frotándose la muñeca dañada. Keith le tendió la diestra para ayudarle a incorporarse. Ella aceptó y él tiró con cierta fuerza trayendo el cuerpo femenino, apetecible y cálido, contra el suyo. La encerró entre sus brazos y la besó en los rojos labios con largueza. Geraldine no sólo aceptó de buen grado sino que correspondió con vehemencia a la caricia.

Salivas y alientos permanecieron fundidos y confundidos por espacio de varios segundos. Las bocas comenzaron a distanciarse mientras ellos seguían mirándose a los ojos cálidamente.

—¿Amigos? —Inquirió Keith.

—Amigos —cabeceó afirmativa. Y dijo—: ¿Vamos al *living*?

—Vamos.

Ya en él.

—¿Un Martini o prefieres un *whisky*?

—A tu elección. Eres la anfitriona.

—A la que por poco partes una muñeca y la dejas inútil para servirte una copa.

—El decimoprimero: «No usarás pistolas contra tus amigos».

La cosa fue de *whisky*. Un vaso para cada uno y uno para cada vaso... que habría escrito Dumas de estar vivo y de haber tomado *whisky* sus «Tres Mosqueteros» con

D'Artagnan

al frente.

—Eres demasiado original. Keith. Una forma muy peligrosa de trabajar la tuya.

—O. K. Pero me va saliendo bien.

—Un día te puede salir mal. Siempre hay una primera vez para todo.

Alzó el vaso.

—A tu salud, Geraldine. ¿Para quién trabajas?

—«New York Times», palabra. Nunca me he visto involucrada en asuntos de espionaje, puedo jurártelo. Y espero que me creas porque estoy siendo totalmente sincera. Y para corroborarlo te diré que sabía que Gene trabajaba para la *Central Intelligence Agency*. Me lo dijo él mismo.

—¿Hasta tal punto llegó vuestra intimidad?

—De cama nada si es lo que estás pensando. Soy una mujer difícil, ¿sabes? Muy liberal, pero difícil. Podrás comprobarlo si seguimos siendo amigos. No hace falta arrastrarse por encima de un colchón para que exista intimidad entre macho y hembra. Gene confiaba ciegamente en mí porque le había demostrado mi integridad. Incluso, a veces, le orientaba hacia círculos o personas determinadas de la ciudad para que pudiese conseguir las informaciones que pretendía. En lo de *Rouge Baiser* estuve al

margen aunque sabía que Feldman andaba tras la pista de esa mujer, La Moreau, que no sé cómo ni a través de quien obtuvo confidencias acerca de que pudiera seguir viva. Me habló de un invento, de un extraño secreto, pero sin pormenorizar. Eso es todo, Keith. ¿Me das crédito?

De momento, no tenía otra alternativa. Y además, la chica le parecía sincera. Y preciosa, que todo hay que decirlo. Ya volvía a tener ganas de besarla.

Apuró el resto de *whisky* de un trago.

—Sí —cabeceó. Inquiriendo—: ¿Puedo pedirte un favor?

—Puedes.

—¿Quieres colaborar conmigo como lo hacías con Gene?

Asintió.

—Quiero. En la medida de mis posibilidades, naturalmente.

—Buena chica, Geraldine. Te voy a dar... —Metió la diestra en el bolsillo del pantalón y extrajo un llavín plano, añadiendo—: Es un duplicado de la llave de la habitación 1214, la que yo ocupo en el Cayre-Copatel. En el *bureau* de la antesala encontrarás un sobre con varias fotografías de Madeleine Moreau en su época de diva de Hollywood. Quiero que mires esos retratos con atención y trates de pensar si su rostro, haz un esfuerzo, piensa que los años han pasado y que posiblemente se vio afectado por serias quemaduras... si su rostro te recuerda algo o alguien.

—¿Por qué no me das tú mismo las fotos?

—Salgo para Londres dentro de cuarenta minutos y confío en que tú me lleves en tu auto al *Aéroport Charles de Gaulle*. ¡Ah!, quiero también que averigües cuanto puedas respecto a una tal Catherine Bergen, agregada al gabinete de prensa de la embajada soviética en París, Su origen es muy confuso, ¿sabes? Circulan varias versiones: que si nacida en Stalingrado de un refugiado americano y una residente francesa, que sí infiltrada en la K. G. B, jugando doble papel...

—Eso último no me suena bien.

—Ni a mi. Pero hay que averiguar al máximo sobre ella.

—Lo intentaré. ¿Me crees si te digo que aún no sé el porqué me estoy dejando liar por ti?

—Es que soy muy atractivo, Geraldine. ¿No me dirás que no te has dado cuenta?

—Perfecta cuenta. Pero no es suficiente.

—Debo caerte bien.

—Será eso, seguro.

—¡Otra cosa, muñeca! Dáte una vuelta por el *Cimetière du Montparnasse*...

—¿Para entrevistar algún muerto? —sonrió Geraldine, entreabriendo sus preciosos y muy rojizos labios... unos labios que seguían preocupando al aparentemente sereno y despreocupado Keith, unos labios a los que no podía sustraer el pensamiento de *Rouge Baiser*.

—Si te encuentras de paso alguno tornando el sol... Quiero que compruebes si existe una tumba con lápida en la que esté grabado el nombre de Madeleine Moreau. En Palermo, la que fue su mano derecha y mujer de toda confianza, me ha asegurado que el supuesto o real cadáver de la Moreau fue inhumado en Hollywood, por orden de su hija, y trasladado a París. Concretamente al cementerio de Montparnasse —consultó el reloj de pulsera. Anunció —: El tiempo se me echa encima. ¿Me llevas al aeropuerto?

—Me pongo la casaca y salimos pitando, *cheri*.

Veinticinco minutos después estaban en el *Aéroport Charles de Gaulle*.

Antes de que Keith se dirigiera al acceso que la azafata de tierra había anunciado en tres idiomas por los altavoces del vestíbulo, el beso entre Geraldine y él fue de película. Les costó deshacer el crucigrama que habían formado sus lenguas.

—Cuidate, James Bond.

—Lo procuraré, preciosa.

CAPÍTULO VI

Londres, octubre 1980

En una ciudad tan asombrosamente extendida como Londres se puede decir, al menos, que a la hora de las pasiones y los ágapes del sexo la concentración impera, y el cuerpo puede así limitar su actividad a lo esencial, ajeno a los requerimientos de la distancia o la duda.

Para los espíritus aventureros —que los hay, y muchos—, los amigos de las emociones fuertes y para aquellos que necesitan encontrar ciertos obstáculos estimulantes en su camino antes de alcanzar el objetivo deseado, esa concentración de espacio puede resultar monótona, aburrida y carente de interés. Elimina —se lamentarán ellos— la emoción de la búsqueda y el placer del descubrimiento. Algo así como si a Colón le hubiesen puesto las Américas en el estrecho de Gibraltar. Esto es, en defecto, algo de lo que sucede en el Soho londinense, donde, con las lógicas y normales excepciones, está centralizado el placer carnal de la urbe y donde se encuentran las principales sucursales de Eros.

De todas las variantes de estímulo erótico conocidas, ninguna es tan del Soho como la revista cómico-picaresca (varietés atrevidas) y el *strip-tease*, quizá porque son las más asequibles y permiten el pluriempleo a las muchachas que lo practican. La abundancia de teatrillos y clubs de *strip-tease* en el Soho llega a ser abrumadora, produciendo cierta sensación de rutina ya que, a veces, todos parecen iguales. Pero lo peor no es eso. Si alguien va de club en club porque le gusta repetir o tiene deseos de enriquecer sus experiencias, corre el riesgo probable, si es observador nato, de

reconocer caras, senos, nalgas e incluso intimidades todavía más íntimas, que pocos minutos antes ha visto en otro de los emporios del desnudo.

En estas líneas que preceden puede resumirse a groso modo el pecador ambiente de la capital de la Gran Bretaña. El campo abierto al vicio, la lujuria y por el que, además de prostitutas, chulos, *gigolós*, chicas de barra y *strip-tease* pululan delincuentes que operan en todos los sectores y estamentos según su clase y categoría, lo mismo que sucede con las muchachas.

Los vigilantes y encargados de mantener la ley y el orden suelen hacer la vista gorda —que no significa tener los ojos grandes—, como lo hacen todas las policías del mundo, y en eso la londinense no es excepción —aunque los ingleses resulten ser excepcionales en muchas de sus facetas— ya que, si los miembros de los correspondientes departamentos policiales abortasen de raíz el vicio y un tipo determinado de delincuencia, hecho factible aunque muy laborioso, en el momento en que se produjeran, como se producen con más frecuencia de la deseada, operaciones delictivas de envergadura, la policía se encontraría sin contactos, que viven y se desenvuelven precisamente en barrios como el Soho, a quienes acudir en busca de información. Porque esa clase de individuos, por obra y gracia de su vida errante y delictiva, ven y oyen muchas cosas que en determinados momentos cobran importancia capital.

La policía, en líneas generales, los tiene controlados y sabe, en cada momento, dónde y de quién echar mano según lo aconsejen o precisen las circunstancias.

Ese mismo sistema, es obvio, emplean también los periodistas, detectives privados e incluso las eminencias del mundo del espionaje.

Como por ejemplo Keith Wilders, que a las pocas horas de su llegada a la capital de la pérvida Albión se estaba dando una vuelta por el Soho en busca de...

* * *

Le dio un golpe en el hombro derecho.

—¡Oswald, pequeño! Cada día estás más chupado. ¿Es que te masturbas mucho, rey?

Se revolvió, entre sorprendido y agresivo.

La agresividad se la dejó en el bolsillo al percatarse de quien le había dado el codazo.

¡Oh, pero si...! ¡Wilders! Cuanto tiempo sin... ¿Pero usted no se había retirado del...?

—Sí, pero no. Soy como las mujeres malas, ¿sabes? Me va la marcha. Ellas necesitan un chulo que las caliente antes de meterse en la cama y a mí me hace falta que me pongan delante montaña de dificultades para estimularme. ¿Cómo va la perra vida, Oswald?

—Esto cada día está peor, Wilders. No se come uno ni media rosca. Y por si fuera poco, últimamente, la «pasma»^[9] no nos deja vivir.

El que así acababa de explicarse era un tipo de esmirriada anatomía, cara de ratón asustado, pómulos salientes y vivos ojillos huidizos que en el fondo despedían ligeros destellos de mala leche cuando la cosa lo requería. Eso no iba con Keith, claro, al que Oswald Kelly miraba con mucho, pero que con muchísimo respeto.

—El problema tuyo, pequeño, es que te pierden las mujeres. Y no me extraña porque con tu *sex-appeal* y la experiencia que tienes en cuestiones de colchón...

—No se burle de mí, Wilders —musitó resignado—. De sobras sabe que no son mi fuerte. Tengo que conseguirlas a golpe de libra esterlina y aún así. ¡Ah...!, pero el día que me salga un asunto bueno y dé el golpe de mi vida, ¡le juro que voy a vivir como un sultán! Cientos de ellas a mi alrededor. Tendré una exclusivamente para atarme los zapatos y...

—Y las demás para conseguir, con dificultades me imagino, que se te levante la moral.

Porque tú...

—Wilders, por favor, que usted no ha venido hasta Londres para coñearse de mí. Keith le miró con una sonrisa casi de afecto. Nuevo manotazo en la espalda y Oswald que casi se rompe.

—¡Elemental, mi querido Kelly! He venido para hablar contigo de mujeres. Malas, todas malas, ¿entiendes?

Se encogió de hombros.

—A medias.

—¿Qué sabes tú de *Rouge Baiser*? ¿Qué has oído hablar de ella por aquí en los últimos tiempos?

Oswald Kelly se mordió el labio inferior.

—Esa tía, a los treinta y tantos años de su muerte se ha vuelto a poner de moda. Es lo mismo que le dije a Feldman. Usted conocía a Feldman, ¿verdad?

—Verdad. ¿Y qué le dijiste tú?

—Bueno... él también se interesó por la Moreau. Le habían soplado las orejas acerca de la posibilidad de que *Rouge Baiser* estuviese viva.

—¿Quién?

—Eso no lo sé —negó Oswald. Añadiendo—: Lo que sí sé es que cuando Feldman vino aquí se estuvo viendo con la alemana. También le advertí que se andase con cuidado porque el ruso es un hijo de mala madre y corren rumores de que fue él quien se «cepilló» a un industrial británico que andaba de culo detrás de la chica.

—A ver si ponemos las cosas en orden, Oswald. Gene Feldman habló contigo antes o después de verse con ella, ¿eh?

—Después. Pero yo sabía que él estaba en Londres y que se había visto con la chica.

Puede que fuese ella quien...

—¿Qué le dijiste tú con respecto a la Moreau?

—Lo que yo suponía y supongo: que está muerta y bien muerta pero, que por las razones que fuesen, a alguien le convenía hacer creer que estaba viva.

—¿De dónde sacas esas conclusiones?

Oswald Kelly se permitió una expresión de tío inteligente y deductivo. ¡Que ya era atrevimiento! Pero sus explicaciones siguientes tuvieron bastante de lógicas.

—Si una mujer como Madeleine Moreau estuviese viva, si *Rouge Baiser* hubiera salvado el pellejo cuando lo del incendio en los estudios de la «Meridian Fox», ¿cree usted que eso hubiese tardado casi cuarenta años en saberse? ¡Ni hablar! También se dijo que Rodolfo Valentino estaba vivo y que se escondía porque en el accidente se le había desfigurado horriblemente el rostro... pero eso se habló a poco de ocurrir el percance; luego, nada. Porque Valentino estaba criando malvas y prueba de ello es que sus viejas admiradoras aún acuden a poner flores al pie de su sepultura. Quíteselo de la cabeza, Wilders. Madeleine Moreau fue pasto de los

gusanos... ni los huesos deben quedar ya. Así se lo solté a Feldman, pero no quiso hacerme caso. Y ya ve, se lo «ventilaron» en Palermo. Porque lo del corazón no se lo creen ni los chinos.

—¿Sabes que nunca se me hubiera ocurrido pensar que ese melón que tienes por cabeza le diera cabida a tantas ideas coherentes, Kelly? Me has sorprendido, lo confieso. Y ahora, ya que estás en vena, háblame de ella. ¿Cómo se hace llamar ahora y en qué escenario anda exhibiendo sus preciosas vergüenzas?

—Ándese con ojo, Wilders. Se lo he dicho antes... el ruso no perdona. Es más celoso que un italiano y está colado polla chica. Aunque ella lo putea que es un primor, pero ojo Wilders, ojo.

—Vale, Oswald. Se agradece. Te digo sin cachondeo que tu interés por mí casi me conmueve. Te estás ganando a pulso las cincuenta libras. Pero acaba de una vez.

—Actualmente se hace llamar Vivien McNee y está trabajando en una revista musical, cómico-erótica, que representan en un café-teatro de Regent-Street. El «SEXY ABRAX'S».

Pero yo no iría allí, Wilders.

—¿Por...?

—Mucho follón y muchos tíos que la esperan al terminar para invitarla y ver si se la pueden llevar a la cama. Ella elige a los que supone que durante los minutos de preparación, porque de ahí no pasan, pueden soltar algo interesante. Industriales, algún que otro politicucho calentón, militares retirados. Siempre «pesca» algo. Porque lo del arma experimental que estrenaron los del Pacto de Varsovia lo supo por medio de un ejecutivo de una fábrica de armas.

—¡Eres una mina, Oswald! No es justo que un genio como tú ande tirado por las calles. ¿Íbamos...? ¡Ah, sí! Me estabas aconsejando que no me pasara por el «SEXY

ABRAX'S».

Y eso quiere decir que sabes donde vive, ¿verdad?

Cabezazo de asentimiento. Y dijo:

—34 de Trevor Square. Debajo mismo de, Hyde Park.

—¡Vaya! En los plenos dominios del Destripador. —Pero ahora está el ruso, Wilders. No lo olvides.

—No lo olvidaré, Oswald.

Keith le tendió la diestra dentro de la cual había un billete arrugado de cincuenta libras. Oswald Kelly se las acababa de ganar merecidamente.

CAPÍTULO VII

Seguimos en Londres, octubre 1980

Más que un grito fue un alarido lo que brotó de la femenina garganta a la que vez que todo su cuerpo se estremecía y las uñas de sus dedos se clavaban en la desnuda espalda del hombre.

Luego, un suspiro largo, profundo, interminable.

Otra sacudida epiléptica.

El éxtasis supremo la había trastornado momentáneamente y el navío espléndido, la carabela de lujuria en que habíase convertido su cuerpo exuberante, cálido, abrupto y ondulante como el de un ofidio, perdido el rumbo, extraviada la carta de navegar, se estaba estrellando una y otra vez, con violencia, empujado por la galerna del placer contra los paradisíacos acantilados de un sensacional orgasmo.

—Keith, cariño... —susurró sin apenas voz—, no me abandones ahora. Sigue... Me estás volviendo loca.

—Es lo que yo digo, prenda. En cuestión de misiles y armamento nuclear los rusos puede que nos aventajen, pero en cuestiones de alcoba ya ves, ¿no?

—Deja eso ahora —la voz quedaba ahogada en su garganta por la satisfacción que la hacía zozobrar—, tonto. Ya no me acordaba de la última vez, ¡hacía tanto tiempo!, pero te juro que te has superado a ti mismo, Keith. Esto ha sido de fábula.

—El saber no ocupa lugar, muñeca. Y yo me paso la vida aprendiendo. Conozco a una monería salvaje llamada Morewna que me ha enseñado los más primitivos secretos del amor. Sus antepasados, qué no habían leído el Kama Sutra ni novelas

pornográficas, eran unos auténticos artistas. Tenemos mucho que aprender de la prehistoria y nos estamos empeñando en conquistar el universo. Eso no es serio, querida. Y... —Keith la miró entre burlón e intencionado—, ya que le has dado ajeteo al esqueleto y satisfacción a la carne, por qué no tapas un poquito todas esas maravillas que me hacen perder el sentido...

—Piérdelo otra vez, Keith.

—... Y hablamos un poquito —terminó, como si no hubiese oído su tentadora invitación.

Ella, ensayó un mohín de contrariedad.

—¿Ahora?

—Ahora.

Y la empujó suavemente fuera de la cama.

La venus germana tenía un cuerpo explosivo. Sería espía en ratos perdidos, actriz de varietés para cubrir el expediente, pero lo que estaba claro y fuera de toda duda es que era hembra de dormitorio por encima de todo lo demás.

Ahora, ardientes las mejillas por la infusión de éxtasis que acababa de saborear, agitada todavía la respiración que contagiaba su excitación a los pujantes y desnudos senos que subían y bajaban rítmica y tentadoramente, corrido el carmín escarlata de sus labios sensuales, mirándolos, Keith no pudo sustraer el pensamiento al nombre de *Rouge Baiser*, ¿por qué diablos todas las mujeres que andaban metidas en aquel berenjenal se pintaban los labios con tan intensa rojez?, permitiendo que sus preciosos ojazos gris perla dejaran atisbar el blanco de las pupilas que es lo que hacen todas las mujeres cuando consiguen mirar al octavo cielo... ahora, recién salida del paraíso del amor, estaba pidiendo a gritos que volvieran a encerrarla en él.

Y Keith era quien tenía la llave. Pero también las ideas muy claras y la mente muy fría.

La hembra se mantuvo durante unos segundos muy quieta, inmóvil, con los pies clavados en la alfombra, frente al hombre, ofreciendo el palpitir cálido de toda su anatomía, esforzándose al máximo por encender en Wilders la chispa de excitación... Ante la indiferencia de él se vio obligada a renunciar, a cubrirse... o intentarlo, porque muchas cosas seguían quedando en evidencia, con un salto de cama y a sentarse en un puf de peluche situado ante

el tocador.

Keith, despacio, se puso decente, y una vez vestido fue a dejar las posaderas en una butaca vecina.

—¿Qué le dijiste a Feldman sobre *Rouge Baiser*?

Ella, que había empezado a deslizar sobre las doradas hebras de su larga melena de *Walkyria* las púas del cepillo, para desenredarlas, dejó de mirarse en el espejo y envió sus pupilas enormes de color gris perla contra el rostro de Keith, exclamando:

—¡Vaya! ¿Tú también...?

—Yo también *FRAUCHEN*^[10] von Schuster.

Karla von Schuster era el verdadero nombre de Vivien McNee, también Erika Kesselring y también un montón de apellidos falsos más que figuraban en los muchos pasaportes que había empleado a lo largo de su azarosa existencia antes de afincarse temporalmente en los dominios de Margaret Tatscher.

—Me gustaría ser esa mujer por los muchos hombres que últimamente os preocupáis por ella.

—¿Te gustaría... *SER*? Eso quiere decir que vive, ¿no?

—No.

—Admitámoslo. Pero su hija, sí. ¿Y si tú no fueses alemana, Karla? Porque me parece que ni tu madre debe saber con exactitud...

—No soy la hija de Madeleine Moreau si eso es lo que estás insinuando. Y te repito que *Rouge Baiser* está muerta.

—Pues no es eso lo que tú le dijiste a Feldman.

Dejó el cepillo encima del tocador y giró las nalgas encima del puf para encararse con Wilders.

—Le dije lo que había oído, Keith. Fue algo que no sé ni cómo salió a colación porque nuestro diálogo se desarrollaba en términos muy ajenos al cine y sin el menor punto de conexión. Me había hablado de *Rouge Baiser* un productor inglés que por lo visto la admiró, y mucho, en su día. Los hombres, cuando estáis...

—Están —la corrigió Keith.

—... A las puertas del Edén de la carne soléis...

—Suelen —volvió a enmendarla.

—... Decir muchas tonterías. Pero a veces habláis...

—Hablan —insistió Wilders.

—... Con cierta coherencia. Ese «carroza», tampoco recuerdo

porque vino a cuento, me habló sobre la Moreau, me dijo que había sido un mito tan importante o más que el de Marilyn y terminó por insinuar que *Rouge Baiser* estaba viva y con ella un importante secreto. Eso mismo le comenté a Feldman.

—Pues la liaste, prenda.

—Lo sé —admitió. Añadiendo—: Cree que me he sentido un poco culpable de la muerte de Gene. No podía imaginar que... Y eso que cuando pude comprobar que el rumor era falso, que se trataba de un «farol» que alguien se estaba tirando...

—¿Quién y por qué?

—Eso no he conseguido saberlo, palabra Quise advertir a Gene porque tuve noticias que en París hacía muchas averiguaciones sobre la Moreau, pero llegué tarde. Feldman se había largado a Palermo.

—Tras *Rouge Baiser* o tras su hija.

—Eso supuse. Averigüé que una tal Geraldine Leroux, que por lo visto tenía mucho que ver con Feldman y que se hacía pasar por corresponsal del *New York Times* también se había largado a Sicilia y... —Se acababa de percatar de la contracción experimentada en los músculos faciales de Wilders, de la sombra que cubría sus atractivas pupilas verdosas, de lo hosco y duro de su expresión—. ¡Eh...! ¿Qué sucede, Keith?

—Geraldine Leroux —murmuró, despacio, fruncido el ceño, en actitud hoscamente reflexiva—. ¿Qué sabes de ella?

—Nada prácticamente. Que eso se hace pasar por periodista y que muy bien puede andar metida en líos de espionaje. Que estuvo en Palermo a la par que Feldman está fuera de toda duda. —¿Qué insinúas, Karla?

—Piensa lo que quieras, Keith. Te estoy diciendo todo lo que sé. Veo que conoces a la Leroux, ¿cierto?

—Como acabo de hacer el amor contigo.

—Si lo haces con ella, no te fíes. A lo mejor te encuentras luego con las tripas llenas de cianuro.

Una de sus escépticas sonrisas.

—Me estimulas, querida.

—Algo me dice que esa tía no es de fiar.

—¿Y Catherine Bergen?

Karla von Schuster sonrió un tanto despectiva.

—Te estás arrastrando por la cama con todas las divas del espionaje, ¿eh, Keith?

La miró con frialdad.

—Si no se te da mejor el bingo, nena, A la Bergen ni la conozco. Pero también anda en el ajo, supongo. ¿Qué noticias tienes?

Encogió sus hombros semidesnudos.

—Pocas. Esa fulana es un enigma. Pero como los rusos son a veces tan ilógicos. —¡Claro! Tú lo sabes por experiencia. Tanto catre con el camarada Komarowsky te habrá llevado a conocer a fondo el *sui generis* soviético.

—¿Por qué te empeñas en ser tan mordaz, Keith? —Y sin esperar respuesta, prosiguió—: También se las da de periodista pero es del dominio público que colabora con los miembros de la KGB que operan en París. Esa niña tampoco es de fiar, Wilders.

Ahí estalló la irónica carcajada de Keith. Burlona e hiriente como el filo de un cuchillo.

—O sea, que en todo este tinglado, sólo me puedo fiar de ti. Desconfía de la Leroux, cuidado con la Bergen y di amén a todo lo que te cuenta Karla von Schuster. ¿Es eso, muñeca?

Aquella hembra excepcional que por sus características físicas, por su explosividad y poderoso hechizo sexual traía a la memoria aquellas mujeres que fueron llamadas «Las Vestales del III Reich»^[11], encogió por segunda vez sus tersos y aireados hombros.

Como si le dijera a Wilders: «Tú mismo, ardiente varón. Si te “liquidan” lo lamentaré porque ya nunca volverás a hacerme tan feliz como hoy, Pero quedan otros, ¿sabes?». Y en voz alta, comentó:

—Allá tú, ex genio de la Central. No sé quién te metió en el coco que tú nunca te equivocas. Piensa lo que quieras, confía o desconfía de quien quieras, haz tus composiciones de lugar y... —Se detuvo en seco, lo mismo que si una zarpa cubriera sus labios de rojo intenso y ahogara las palabras en su garganta, para exclamar segundos después pálida como un cadáver—: ¡Boris! ¿Cómo has...? ¿Qué haces aquí a estas horas?

A las horas que fuesen pero el caso concreto es que el camarada Komarowsky estaba allí. Con su cara de perro chato, de bulldog, encendidos como ascuas sus ojos de vulgar castaño oscuro, muy

dura la expresión de su rostro ya de por sí hosca y sombría. Empuñando un enorme pistolón al que no se había tomado la molestia de poner silenciador lo cual, estaba claro, quería decir que al ruso le importaba un rábano despertar a medio Londres con los cañonazos que tenía que soltar aquel cacharro a la hora de tirar del gatillo.

Wilders lo vio de soslayo y luego ladeó la cabeza para mirarlo con mejor rectitud. Se mantuvo impávido con una de sus características sonrisas a flor de labios, ofreciendo una falsa sensación de tranquilidad porque, todo sea dicho, captaba las malévolas intenciones de Boris y su cerebro estaba trabajando a toda pastilla.

Pensó, en segundos, que todo aquello no era más que un montaje Karla lo había llevado a su dormitorio... no, deshecho la idea de inmediato. Las palabras de Oswald Kelly vinieron instantáneamente a su mente: *Andese con ojo, Wilders. Se lo he dicho antes... el ruso no perdona. Es más celoso que un italiano y está colado por la chica.* No, la cosa no encajaba. Boris no hubiese permitido, ni a cambio de la efímera gloria de «ventilar» a un genio del espionaje como lo había sido —y el fondo lo seguía siendo—. Keith Wilders, a un odiado ex miembro de la CIA, que ella se acostara con él en sus barbas. También Oswald había añadido: *Aunque ella lo putea que es un primor, pero ojo, Wilders, ojo.* Sí, ojo. Y había que decir algo antes de que al discípulo de Breznev le diera por hacer tronar el bazooka que empuñaba con la diestra.

Karla, inmóvil, petrificada, permanecía con la respiración contenida y los ojos clavados en el ruso sin atreverse a pronunciar una sílaba.

Keith sí habló. Había que decir algo:

—Has engordado desde la última vez que te vi, camarada. La *dolce vita*, ¿eh? ¿Ya saben los de la KGB las palizas que te pegas en el catre?

—No tiene gracia, Wilders. Has tocado a la chica y te pesará.

—¿No sois los comunistas quienes mantenéis la teoría de que hay que repartirlo todo? Te pasas, camarada. Piensa que sólo los capitalistas tenemos derecho a ser celosos y egoístas. ¿Tan pronto te has olvidado de lo que te enseñaron en Moscú? Tienes que volver a leer a Karl Marx. Será un alivio para tu espíritu y te olvidarás del

egoísmo.

—Me cargas, Wilders —parecía un robot a la hora de hablar si a la forma en que él movía sus labios rectos y crueles se le podía llamar hablar—. Ésta es una ocasión inmejorable para enviarte a tu cielo y con tu Dios.

—Eres todo un ácrata, Komarowsky. Pero se te han confundido las ideas en ese ladrillo que tienes por cabeza.

Boris Komarowsky apretó el gatillo.

Keith lo esperaba y su brinco le había llevado encima de la cama en el preciso instante que el estampido atronaba las paredes del dormitorio.

—¡Boris! —exclamó la von Schuster saliendo de su inmovilidad.

Quiso cruzarse en el camino del ruso y éste la apartó de un violento trallazo en el mentón que la hizo trompicar sonoramente contra el tocador, derribar el puf y quedar seminconsciente, arrugada, encima de la alfombra.

Wilders se fue hacia delante.

Komarowsky podía haber engordado pero estaba ágil como un gato. Y se lo demostró desentendiéndose del pistolón para recibirlo, cuando Keith, se lanzaba en plancha, con un rodillazo en mitad de la cara que hizo sangrar nariz y boca del americano.

Y le dijo que su madre no era todo lo digna que Keith había supuesto siempre. Pero Wilders, con la cabeza muy espesa por obra y gracia del impacto, ni se enteró. Una débil fibra de lucidez si le hizo enterarse de que estaba a merced de Komarowsky.

Quien le sacudió otro puntapié en la boca, justo cuando Wilders ensayaba el aterrizaje forzoso, convirtiendo los labios de aquél en un manantial de sangre.

Ahora Boris enfiló el cañón del arma sobre la cabeza de Keith con intención de aclararle las ideas, volándosela.

—¡No, Boris, no lo hagas! —Karla había reaccionado y estaba realizando un enorme esfuerzo por incorporarse y correr hacia el ruso.

La exclamación distrajo unos segundos a Komarowsky.

Keith dio un velocísimo giro en tierra al tiempo que golpeaba contra la alfombra, fuertemente, el talón del zapato derecho. Y por la puntera, que se partió en dos como por arte de birlibirlique, asomó un fino estilete, de azulado destello.

Komarowsky se dio cuenta y apretó de nuevo el gatillo.

Wilders nunca sabría como lo hizo ni quién le había dado fuerzas pero el caso es que consiguió efectuar un medio giro, zafarse al disparo que abrió un enorme boquete en la alfombra y enviar el pie hacia delante.

La hoja de acero se hundió en la panza macilenta del camarada Komarowsky.

Wilders repitió la operación hasta tres veces consecutivas.

Lo puso lo mismo que a un cerdo: echando sangre a borbotones por los tres agujeros que le había abierto en el obeso estómago de Boris. El ruso se tambaleó, con una absurda expresión pintada en su rostro y los ojos asombrosamente desorbitados, entreabrió los labios intentando decir algo: probablemente que se moría, y dejó que la descomunal pistola escapase de sus dedos.

—¡Keith... Keith! ¿Estás vivo?

La hembra se arrastró hasta abrazarse al americano justo cuando el camarada Komarowsky entonaba el adiós a la vida —no el que Puccini compuso para su Tosca—, y Keith, enroscado a Karla y apenas sin aliento, dio un último giro para evitar que la simiesca naturaleza del ruso los aplastara.

Después, perdió el conocimiento.

CAPÍTULO VIII

París, noviembre 1980

En algunos libretos turísticos que tienen la finalidad de que quien va por primera vez a la que un día fuera capital de la Europa civilizada, aunque las versallescas maneras y la fina cultura francesa quedara rota y hecha polvo en las alcobas de las más distinguidas damas de la corte por las que solían desfilan hasta los guapos palafreneros, en esos libretos, decía, que se titulan: «Guía Ilustrada para visitar PARIS y sus alrededores» y que cumplen el objetivo de que los turistas aprovechen al máximo su tiempo a veces reducido y puedan saborear las más importantes maravillas de la ciudad del Sena, en esos folletos, sigo diciendo, que empiezan con la exclamación: ¡París! Y siguen con trasnochada literatura anunciando que ése es nombre mágico, evocador de una ciudad trepidante, activa, pero también llena de sueños y continúan blasonando que es ciudad acogedora y simpática, fecunda en creaciones espirituales, *Ville Lumiere*, capital de la elegancia y del placer, etc., etc., en esos folletos, tengo que continuar diciendo, se presentan unos planos parciales de la urbe, numerados del uno al trece, a los que se denomina paseos, que son aquellos que los expertos consideran de mayor interés para el ente bobalicón que máquina de retratar en ristre y cara de estúpido integral exclama: «¡Oh, que maravilla!» cuando se da de narices con la *Tour Eiffel*, *Le Louvre*, *Les ChampsElysées*, *el Palais Royal* o *la Fontaine des Innocents*.

En el plano o paseo número once de esas guías ilustradas que abarca el sector *Les Invalides et le Quartier des Ministères* viene

señalado con una flecha el edificio donde se ubica

L'Ambassade

d'URSS

Y frente por frente a la embajada soviética, en la *Rué de Grenelle* confluencia con la *Place Fontaine des 4 Saisons* existe un coquetón *snack* llamado «*Thoumieux*».

Y en la barra de ese *snack* se encontraba a las diez en punto de aquella soleada y fría mañana de noviembre, Keith Wilders, en cuyo rostro aún quedaban evidencias de su disparidad de criterios con el malogrado camarada Komarowsky, consumiendo plácidamente un *whisky* doble con mucho hielo y sin agua, mientras contemplaba con evidente interés a la bonita morena de preciosos ojazos muy negros, lo mismo que su largo y sedoso cabello, que daba buena cuenta de una calentita hamburguesa que iba alternando con sorbos de la dorada y espumosa cerveza que contenía el vaso situado encima del mostrador frente a ella.

Keith, de súbito, sorprendiéndola, la golpeó en el hombro con suavidad y dijo:

—¿Me permite que por sólo cinco francos le adivine el pasado?

Ella, tras ladear la cabeza para llenar sus pupilas azabache con la expresión entre ingenua y cínica de aquél estupendo ejemplar masculino, soltó una suave risita al tiempo que respondía:

—Lo normal y corriente es adivinar el porvenir. No creo que con su sistema vaya a ganarse muchos «cinco francos».

La burlona sonrisita de rigor en los labios carnosos del americano.

—¡No creas, preciosa! Me voy defendiendo. Hay gente a quien le gusta que les recuerde su pasado. Los hay de muy morbosos y hasta se recrean cuando les describes con detalle cómo apretaban la media de *nylon* el día en que estrangularon a su mujer. Pero tú, Catherine, no imagino que guardes ningún esqueleto en el armario de tu pura conciencia, ¿verdad? Sería absurdo pensar que tienes que ver con *Rouge Baiser*, que eres su hija por ejemplo, y que le llenaste las tripas de cianuro al bueno de Gene Feldman... ¿Cierto que sería absurdo?

Catherine Bergen fue una más de las que no se sorprendió ante la manera, más o menos original, de entrarle, empleada por Keith.

Ni parpadeó tan siquiera. Hincado los dientes en la hamburguesa y con aquella sonrisa que iluminaba sus bonitas facciones, murmuró:

—¿No eres tú quien adivina el pasado, Wilders?

—¡Toma! Y yo que me creía en París de riguroso incógnito.

—Estás haciendo demasiado ruido, Keith.

—¿Nos han presentado alguna vez, prenda? —inquirió, sin sorpresa por su parte tampoco, sabía sobradamente que aquel mundo era así y que los desconocidos de la galaxia del chivatazo se conocían rápidamente entre ellos, pero con las cejas arqueadas y los verdes ojos muy fijos en la faz que cada vez se le antojaba más bella de Catherine Bergen.

—No, que yo sepa. Pero te repito que estás haciendo mucho ruido. Tengo entendido que hace pocos días le estropeaste la barriga a Boris Komarowsky en el dormitorio de la von Schuster.

—¡Voilà! Como corren las noticias. Los teletipos de todas las embajadas soviéticas habrán ido llenos de mi nombre. Y la KGB debe andar loca por felicitarme. Aunque tú sabes que Komarowsky era un verdadero tarugo.

—Era. Pero debió fastidiarle pillarte en la cama con Karla, alias Vivien McNee, ¿verdad?

—Como lo dices, preciosa. No le hizo gracia. Y quiso demostrármelo estropeándome la cabeza con una especie de cañón que sujetaba casi con las dos manos. ¡Eh... ahora que caigo! La Schuster me dijo que tú no eras de fiar.

Había concluido con la hamburguesa.

—Es una zorra. No me gustan las mujeres que lo fían todo a su cuerpo y buscan sacar información a los tipos que meten con ellas en la cama. ¡Pero...! ¿No habíamos quedado en que tú adivinas el pretérito pasado, Keith?

—Normalmente, sí. Pero tú eres la excepción que confirma la regla.

—¿De veras? ¡Me decepcionas! Claro, si ella te dijo que no te fíases de mí...

—Bueno, ella me dijo que no me fiara ni de mi madre, pero lo tuyo no viene por ahí. El pasado de Catherine Bergen es muy confuso. Hay versiones para todos los gustos. Que si tu madre te parió en Stalingrado después de tener sus cositas con un refugiado

americano, que si eres una doble agente infiltrada en la KGB a través de tu cargo de agregada de prensa en la embajada...

—¿Y tú te crees eso, Keith?

—La verdad, no. El que me haya «cepillado» al alcornoque de Komarowsky no me hace pensar que todos los rusos sean imbéciles. Si jugaras a dos barajas no estarías aquí hablando conmigo, ya te habrían «pasaportado» tus camaradas. ¿Por qué no me dices tú misma de dónde has salido?

—¿Y te fiarás de lo que te diga después de las referencias que Karla te ha dado sobre mí?

—Lo intentaré.

—Haces bien, Wilders. Porque si no fuera de fiar como dice esa perra de varietés tú hace rato que estarías muerto. Allá en el fondo... —señaló una mesa en la que estaban departiendo, jarras de cerveza por en medio, dos individuos que aparentemente no prestaban más atención que a su propio diálogo—, están sentados Alexei Zhukov y Viacheslav Smolensko que a una leve seña mía te hubiesen invitado a salir metiendo en cada uno de tus flancos el cañón de sus pistolas y te hubiesen llevado a cualquier estación del metro para que te *suicidaras*.

—Infalible sistema. Agradezco tu discreción, princesa. Pero no por eso has contraído méritos sobre mi confianza.

Puedes querer congratularte conmigo para...

—Piensa lo que quieras.

—Eso mismo me dijo Karla cuando volvimos del paraíso.

—Conmigo, conquistador, no hay paraíso que valga.

—Entonces —fingió un rictus de contrariedad y desencanto—, consuélame hablando de tus misteriosos orígenes.

—¿Por qué no esta noche en mi apartamento?

—Te haré proposiciones deshonestas.

—Por mi casa no pasan el Tigris ni el Eufrates, no hay paraíso.

Keith sonrió con intencionalidad.

—La imaginación puede suplir la ausencia de esos ríos celestiales, ¿no crees?

—Yo que esperaba que te negases ante la suposición de que te estaba preparando una trampa...

—Hipótesis a tener en cuenta, prenda. ¿Tu dirección?

—18, Rué Aristide Briand. 5.^º-C. En *Levallois-Perret*. ¿Te espero a

las diez?

—Espérame. Pero no se lo digas a Zhukov ni a Viacheslav, ¿eh? Ultimamente los rusos me están resultando muy suyos.

—Descuida, Casanova-1980.

* * *

En efecto, la imaginación obraba maravillas.

Catherine, la que no quería paraísos, había visto el Tigris, el Eufrates y a los americanos llegando a Marte. Con los rusos pegados a los talones, claro.

La experiencia había valido la pena.

—¿*Whisky*, Keith?

—O cianuro, tú misma.

—Esa insinuación... ¿debo tomarla como una indirecta?

—Depende de si estuviste en Palermo a la par que Feldman.

—Negativo.

—Entonces, *whisky*.

La vio moverse en dirección al mueble-bar que componía una rinconera en forma de media luna ocupando uno de los vértices de la estancia. Estuvo observando la ágil movilidad de su cuerpo cálido y excitante —podía asegurarlo porque la comprobación de calorías y excitabilidad había sido larga y paradisiaca— en el interior de aquella bata larga de rojo adamascado con que había cubierto sus encantos al abandonar el paraíso —algunos le llaman cama— por donde había navegado en compañía de Wilders.

Una mujer sensacional, sí.

Como todas las demás, también.

Porque en aquel laberinto por el que Keith andaba buscando a *Rouge Baiser* o descendencia, y un importante ingenio cinematográfico recogido en un microfilm... en aquel laberinto, difícil y complicado desde luego, todo eran mujeres hermosas.

Fuera quien fuese la que buscaba —aún no lo tenía muy claro—, todas se habían portado bien... dentro y fuera del dormitorio. Si llegaba el momento, incluso le resultaría penoso tener que «cargarse» a la que fuera.

Vio venir a Catherine con los vasos en las manos.

¡Qué curioso! Era la única que no embadurnaba sus preciosos

hociquitos con el rojo vivo y excitante que empleaban las demás. La Bergen usaba un lápiz labial suave de tonalidad muy pálida cuyo color imitaba el de la carne y que sólo destacaba de ésta por su película brillante.

Pensó Keith, mientras tomaba el vaso que ella le tendía, que aquello no quería decir nada. O quería decir mucho: por ejemplo, que Catherine evitaba ser relacionada con *Rouge Baiser* a través de las señales externas de una estridente barra de labios.

Karla le había dicho que ni ella ni Geraldine eran de fiar. ¿Lo era realmente la von Schuster?

Catherine tomó asiento. Saborearon el licor en cómodas butacas uno frente a otra.

—¿Sigues interesándote por mi pasado?

—Sigo. ¿Te decides?

Afirmó con la cabeza al tiempo que dejaba el vaso sobre la mesa ratona adyacente.

—Sí. Por dos razones muy concretas. La primera, porque a ti te interesa el asunto extraño y confuso que alguien ha lanzado al ámbito del espionaje resucitando el mito de la Moreau y quiero que te convenzas de que yo nada tengo que ver con *Rouge Baiser*. La segunda, de una lógica aplastante, porque de todas maneras acabarías averiguándolo.

—Muy pragmática, querida. Te escucho.

—Nunca he podido saber quiénes fueron mis padres —empezó diciendo—. Cuando apenas contaba año y medio fui adoptada por un matrimonio portorriqueño que ante la ley me hizo su hija y me dio sus apellidos. Ellos residían en California por lo que sé que de nacimiento soy americana y de hecho, desde hace muchos años, tengo la ciudadanía soviética.

—¿Por...?

—Mi padre adoptivo, Rubén Bergen, era un confidente de poca monta que informaba a los miembros de los servicios de la KGB infiltrados en norteamérica. Les suministraba esa clase de información sin importancia que en ocasiones se convierte en la clave de cualquier rompecabezas precisamente por su trivialidad. Tú entiendes más que yo de esas cosas. Rubén, un buen día, tuvo problemas con los servicios de contraespionaje estadounidenses y tuvo que largarse por pies, llevándome a mí, pero olvidándose de

María Idoraliza Peralta, su mujer, con la que nunca se había llevado bien. Mató dos pájaros de un tiro que suele decirse.

—¿Os fuisteis a Rusia?

—Sí.

—Entiendo. ¿Pertenecees tú a la KGB?

—En cierto modo.

—¿Qué clase de relación mantenías con Feldman?

—Superficial —repuso Catherine—. Tú ya sabes cómo va eso. A veces intercambiábamos algún tipo de información. Supe que de la noche a la mañana andaba muy interesado en ese estrambótico asunto de *Rouge Baiser* pero no porque me lo dijera él sino porque escuché comentarios al respecto y oí hablar de la posibilidad de que Madeleine Moreau siguiese con vida. De veras que no logré entender la razón por la que un miembro de la Central andaba tan preocupado a causa de un mito de Hollywood aún admitiendo esa teoría de que no hubiese resultado muerta en el incendio que se produjo en los estudios de la productora donde ella rodaba. Sigo sin entenderlo y me parece absurdo.

—A nadie matan por un absurdo, Catherine.

—¿Estáis seguros de que la muerte de Gene tuvo que ver con el asunto *Rouge Baiser*? —Empiezo a pensar— anunció Wilders tras consumir el resto de su *whisky* —que no estoy seguro de nada. Muchas chicas monas de por medio relacionadas en mayor o menor escala con Feldman y todas leales en apariencia. Ninguna con motivos aparentes para liquidarlo. O con demasiados, Y una que me avisa de que las otras no son de fiar.

—¿Has hablado con Geraldine Leroux supongo?

—Supones bien. Y me recuerdas que tengo que verla esta misma noche.

—¿En el paraíso?

—Puede.

—Tu vitalidad es digna de todo encomio.

Se alzó de la butaca inclinándose sobre la que ocupaba Catherine para besarla prolongadamente en la boca.

—*Bon nuit, chérie.*

—¿Volveremos a vernos, Keith? —inquirió ella, saboreando todavía el beso.

Wilders se encogió de hombros.

—Es posible.

CAPÍTULO IX

Seguimos en París, noviembre 1980

Iba dentro de un pijama *beige* de corte masculino —chaqueta y pantalón—. Que por lo holgado, le quedaba gracioso.

Toda ella era graciosa.

Y de no fiar según Karla.

—¡Creí que te habías muerto! —exclamó, después de que sus labios entrasen en prolongado contacto con los de él—. Podías haberme telefoneado al menos, ¿no?

—Podía. Pero anduve muy ocupado haciendo averiguaciones.

Se fijó con detenimiento en el rostro de Keith. Las huellas de las discrepancias con el camarada Komarowsky estaban aún evidentes.

—¡Eh...! ¿Qué te ha sucedido?

—Nada de importancia. Me olvidé de que en Londres siguen circulando autobuses de dos pisos y me di de narices con uno.

—Han intentado matarte, ¿verdad?

—Un cretino en pleno ataque de cuernos. Nada que tuviese que ver con *Rouge Baiser*. Por ese lado sólo una tentativa en Palermo... que para mí sigue teniendo un especial significado. Puede ser una pieza importante del *puzzle*, sí. Pero olvidémonos de eso, Geraldine. ¿Qué tienes tú que contarme?

Bostezó.

—Me has levantado de la cama, *cherie*... —se excusó.

—Podemos seguir la conversación en ella.

—No tengo nada que objetar, conquistador.

Keith también se puso un pijama. Luego ya se lo quitaría.

—Las fotos no me han traído el menor recuerdo. Una mujer

maravillosa Madeleine Moreau. Pero sus facciones no me conectan con nadie que yo conozca ni tan siquiera evocan las de alguna mujer que haya conocido en los últimos años. Estuve en el cementerio de Montparnasse y di con la sepultura de *Rouge Baiser*. Espera... —extendió la diestra para abrir el cajón central de la mesita de noche que quedaba a su lado y extrajo de él una cuartilla —, voy a leerte el epitafio que figura esculpido en la lápida de mármol que cubre la tumba de Madeleine. Y leyó:

R I P.

MADELEINE MOREAU

1920 — 1948

AQUI REPOSAN LOS RESTOS DE UNA MUJER QUE BRILLO

EN HOLLYWOOD CON LUZ PROPIA

DESCANSE EN PAZ LA QUE DIO GLORIA A UN ARTE CON EL SUYO PROPIO: EL
CINE

—Muy logrado —comentó Keith—. Propio de esa gloria del séptimo arte. ¿Qué más?

—Le di vueltas en mi cabeza a esa hipótesis de que, pese a la tumba y al epitafio *Rouge Baiser* siguiese con vida. Pensé que un rostro quemado, desfigurado, máxime tratándose del de una actriz famosa por su belleza, tenía que haber sido recompuesto por un experto en cirugía plástica. Madeleine era... o sigue siendo, francesa. De estar viva, lo más probable es que después del accidente hubiera regresado a Francia y aquí, en París precisamente, están afincados dos de los más eminentes artífices de la cirugía estética del mundo: Françoise Lapierre y Marcel Bisset. Este último tiene instalada una clínica de fábula en la Rué de Rivoli, delante del *Palais Royal*, dotada de los más modernos aparatos y en la que se emplean las técnicas más avanzadas en el campo de la plástica. Bisset ha sido condecorado por su labor en cinco países distintos. Se me ocurrió hacer averiguaciones...

—¿Por qué?

—Una corazonada. Y descubrí algo muy interesante y

significativo. Algo sorprendente que puede estar relacionado con el caso de *Rouge Baiser*.

»Hace cuestión de un año aproximadamente —prosiguió tras una leve pausa— se produjo un incendio en el *Hotel Résidence des Etats-Unis*, 17 de la Rué Turín, un lujoso tres estrellas, al estallar una de las bombonas de gas propano. Cierta dama alojada en el hotel con pasaporte estadounidense llamada Shelley Jones sufrió graves quemaduras... —Hizo un nuevo alto para ladear su preciosa carita estampando sus enormes pupilas en las de Keith.

Un beso.

—¿Y...? —Arqueó las cejas después de la cariñosa efusión.

—Esa mujer tenía 59 años... *los mismos que hubiese tenido Madeleine Moreau de seguir viva*. Shelley Jones fue intervenida posteriormente en la clínica de Bisset, desapareciendo de la circulación acto seguido sin que se sepa su actual paradero.

—¿Adónde nos lleva todo eso, prenda?

—¿No podría ser que Madeleine Moreau hubiera permanecido oculta hasta entonces en cualquier lugar de Francia y aprovechando el incendio... *se hiciese pasar por Shelley Jones operándose de estética*? La edad coincide y cuando le mostré a Marcel Bisset las fotos de *Rouge Baiser* me dijo que, pese a las quemaduras, muy bien podría tratarse de ella.

—Es una teoría, sí —musitó Wilders, pensativo.

Y pensaba, entre otras cosas, que Geraldine había estado muy activa en su ausencia. Excesivo celo el desplegado por la supuesta corresponsal del *New York Times* en el afán de facilitarle la tarea al máximo. Sospechoso el interés que ella había puesto en todo aquello... muy sospechoso, sí. El de una mujer que según Karla von Schuster no era de fiar y que estuviera en Palermo al mismo tiempo que Feldman era envenenado con cianuro.

—¿Qué cartas estaba jugando Geraldine Leroux?

—¿Ocurre algo, Keith?

—No me hago a la idea que una mujer pagada de su belleza esperase tantos años para darle versión humana a lo que Un incendio había convertido en un muñón de carne retorcida y chamuscada... eso, siempre admitiendo que siguiera con vida. No me parece lógico que Madeleine Moreau se escondiera durante un período tan largo de tiempo.

Saltoó repentinamente de la cama y se fue al teléfono.

Para sacar de la suya —allá en Washington— a Ralph Stedman.

—¡Keith...! ¿Es que te has vuelto loco? ¿A quién se le ocurre «cepillarse» a un agente de la KGB en el dormitorio de una prostituta?

—Piano, Ralph, piano. Karla von Schuster no es ninguna ramera de esquina y Komarowsky era de la KGB como podía ser barrendero municipal. No me dejó otra alternativa que «cargármelo».

—¡Pues nos has montado un buen «cacao» con los rusos! Y tú, procura cuidarte porque van a por ti...

—Olvídate de eso y dame una respuesta a lo que te he preguntado antes de tu explosión.

—Tengo que llamar a la sección de ordenadores electrónicos y a estas horas...

—¡Despierta a Jimmy Carter si es preciso!

El que estaba en la capital de los Estados Unidos, tras un sonoro suspiro que llegó con toda nitidez hasta París, respondió:

—Espera unos minutos. Voy a hablar por el otro teléfono. No haces más que incordiar y de lo que se te encargó, ni una palabra. Estás perdiendo facultades...

—Ya te lo contaré dentro de unos días. Ahora, ¡mueve ese teléfono, leche!

Pasaron diez largos minutos. Después:

—¿Sigues ahí, Keith?

—¿A ti qué te parece?

—Tus averiguaciones son correctas. Shelley Jones, esposa de un industrial de Iowa, sufrió graves quemaduras en ese incendio y fue operada por Marcel Bisset, desapareciendo después. No fue su marido quien pagó la intervención quirúrgica. Seis meses más tarde un detective neoyorkino contratado por Lyndon Jones dio con ella en un pueblecito cercano a Palermo. Cuando Jones fue informado del asunto y de que su mujer se hacía llamar ahora Liza Vitti emprendió rápido viaje a Italia. Justo para llegar a tiempo de enterrarla: *Shelley Jones, alias Liza Vitti se había ahorcado*. Pero no se detectó a nadie que circulase por ahí con pasaporte a nombre de Shelley Jones si es eso lo que tú esperabas oír. Complicada la cosa, ¿no?

—Más que nunca. Era una posibilidad importante que Madeleine

Moreau se hubiese convertido en Shelley Jones. Pero ya veo que alguien se empeña y lo consigue, en desconcertarme de continuo. ¡Ah!, no olvides que tú me metiste en este lío, Ralph.

Una carcajada al otro extremo.

—Negativo, genio. Te metieron un millón de dólares y un anticipo de quinientos mil. Te metió ese egoísmo crematístico del que tú aseguras carecer.

Y colgaron en Washington.

¡Cómo para pegarse diez tiros!

Volvió a la cama... que es donde mejor se está. Sobre todo si puedes entretenerte quitándole el pijama a una hembra como Geraldine Leroux, aunque no sea de fiar. Pero para ciertas cosas uno puede fiarse de una mujer.

—¿Por qué fuiste a Palermo, pequeña?

Manera brutal de arrancarla del cielo, séptimo o el que fuese, donde ella se encontraba en aquel momento.

—¿Cómo lo has sabido?

—Las hay que tienen la lengua muy larga. Aún no has contestado ni me has dicho tampoco por qué me ocultaste ese *pequeño* detalle. Feldman también estaba allí... y *murió con mucho cianuro en la barriga*.

—¡Keith...! —Casi saltó de la cama escapándose por completo de las nubes que rodeaban el cielo al que él la había transportado con su probada eficacia en semejantes lides—. ¿No estarás pensando que yo...?

—Te juro que ya no pienso nada. Este asunto no tiene cabeza ni pies. Puede... ¿por qué fuiste a Palermo?

—No te lo dije por temor a que sospechases de mí.

—Callándotelo es cuando verdaderamente me has hecho sospechar.

—Sabes que apreciaba a Gene...

—Conmovedor.

—¡Keith... por Dios! Deja ese escepticismo burlón y acusador. Tuve una corazonada o llámalo como quieras. Ese sexto sentido que tenemos las mujeres. Intuición femenina si tú quieres. Quise advertir a Feldman de que...

—¿De qué o de quién?

—Simplemente de mi corazonada. De que le habían tendido una

trampa. Llegué tarde. —¿Y no pudiste averiguar nada acerca de la persona involucrada en su muerte?, ¿eh? Sin embargo ahora, te me acabas de revelar como una inmejorable detective privado. ¿A qué estás jugando, Geraldine?

—A ser noble. Por eso no me crees.

Le dio un vuelco a la conversación.

—¿Qué hay de Catherine Bergen?

Se dio un manotazo en la frente.

—Me había olvidado por completo de ella.

—A lo mejor es la persona que buscamos... ¿o te has olvidado intencionadamente para presentármela como la sospechosa idónea?

—Eres insoportable. He hecho todo lo que he podido, me he pasado cuarenta y ocho horas de un lado para otro con la ilusión de brindarte la mayor información posible, y ahora...

—No te agradezco que me lo hayas complicado todavía más con esa Shelley Jones que Bisset convirtió en una mujer nueva y que fue a ahorcarse en un pueblo de Palermo bajo el nombre de Liza Vittì. Me estoy preguntando el porqué... por qué la mujer de un industrial americano, de turismo en París, se prestó a esa mascarada. No es lógico. No encaja. Porque nadie se ha aprovechado de su pasaporte genuino, ninguna Shelley Jones falsa anda por el mundo sirviéndose de esos papeles... *Rouge Baiser no ha adoptado su personalidad*. Ya no sé si está viva, muerta... o si todavía tiene que nacer. ¡Mierda! ¿Por qué puñetas aceptaría el dinero del estúpido Gregory C. Shaw? — Una profunda inspiración y—: ¿Qué me decías de Catherine Bergen?

—Todavía no te he dicho nada de ella.

—Pues ilústrame. La venus germana tampoco me habló demasiado bien de ella.

—¿Y quién te ha hablado bien de esa zorra alemana?

—¡Qué coincidencia! Catherine también me ha dicho que es una zorra. ¿La hija de *Rouge Baiser* puede ser una zorra?

—Como su madre.

—¿Y si era la tuya, Geraldine?

Se le congestionó el rostro.

—¡Basta ya, Keith! ¡No soporto tantas acusaciones ni un segundo más! Si crees que yo soy la hija de Madeleine Moreau demuéstalo y terminemos. Pero te va a ser imposible.

He querido demostrarte mi lealtad...

—Catherine Bergen, muñeca. ¿Qué has averiguado sobre ella?

—Ya no sé si debo decir nada, Keith —se lamentó. Ampliando—: Según tus interpretaciones, luego, todo se vuelve contra mí. Tengo... —Hizo un alto para mirar a Keith con ojos cuya expresión estaba entre la súplica y la sinceridad— una amiga en el Ministerio del Interior, Marie-France Aumont, secretaria del subsecretario del propio Ministro, que mantiene relaciones íntimas con un alto cargo de la Seguridad Interior, departamento de la *Sûreté Nationale* que pasa a depender directamente del propio Ministro, por lo cual, el amigo de Marie-France, está a sus órdenes y le informa a él personalmente...

—Al grano, Geraldine, al grano. El tiempo es oro y cada vez me queda menos para desenredar esta madeja si no me liquidan antes. Porque si la persona que ha montado este fenomenal rompecabezas intuye simplemente que doy con la pieza maestra, pese a lo mucho que me lo está complicando, mi pellejo no valdrá ni un centavo. Aunque me da en las narices que, precisamente, están esperando para «pasaportarme» que tenga todos los hilos de esta tramoya entre mis dedos. Por si acaso, no pienso volver por mi hotel. Intuyo que el desenlace se está precipitando. Por eso te digo: AL GRANO.

—Bueno, a través de ella he sabido que Catherine Bergen fue recogida o adoptada por el matrimonio portorriqueño formado por Rubén Bergen y María Idoraliza Peralta, afincados en California...

—No sigas.

La preciosa mujercita se desesperó.

—¿Qué pasa ahora, Keith? ¡Me vas a volver loca!

—Nada. Simplemente que la propia Catherine me ha explicado eso, me ha contado la verdad. El que se va a volver loco soy yo. Mucho me temo que tendré que empezar de nuevo. Por el principio. Me he desentendido de una protagonista a la que creo que no le he dado toda la importancia y trascendencia que tiene en el reparto estelar de esta película que se está rodando alrededor de un enigma llamado *Rouge Baiser*... porque si Madeleine Moreau era de cine esto es un film de auténtico suspense, sí, me he olvidado de Melina Allasio, y...

Ahora fue Keith quien brusca, casi brutalmente, saltó de la cama.

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó.

Geraldine Leroux sentíase transportada de sorpresa en sorpresa de sobresalto en sobresalto, de desconcierto en desconcierto... aquel Keith Wilders la conducía a ciegas por una especie de Disneylandia de lo absurdo.

—Por lo que más quieras, Keith Wilders... ¿Ahora, qué te sucede?

—Lo que pasa siempre, preciosa —dijo, calmada su reciente excitación y exhalando un sonoro y prolongado suspiro—. Que tenía la clave en las narices, que tenía el detalle paseándose por delante de mi entorpecido cerebro, de mi con fundida mente... porque me habéis, ¡perdona!, no quiero herir de nuevo tu susceptibilidad... porque me han venido confundiendo entre unas y otras merced a que alguien ha escenificado, creo que acabo de decírtelo, el más intrincado argumento de suspense que jamás se ha dado en el cine, el que firmaría con los ojos cerrados el propio Hitchcock de estar vivo o el más afamado de los guionistas hollywoodenses.

Y diciendo esto comenzó a vestirse.

—¡Pero...! ¿Dónde vas a estas horas?

—A levantar de la cama a un caballero llamado Jean Decomble.

—¿Puedo saber quién es?

Sí, podía saberlo. Keith Wilders tenía que decirle que era el notario que había hecho entrega a Dominique Moreau de la escritura de propiedad del palacio de los Santini, heredado por Melina Allasio a la muerte de *Rouge Baiser* y que la anciana había decidido reintegrar a quién le parecía su más legítima heredera.

Y tenía que decirle también, porque si Geraldine Leroux no era de fiar como Karla von Schuster había apuntado tuviera tiempo de moverse, de quitarse la posible máscara, que Jean Decomble *conocía físicamente a Dominique Moreau*.

Sí, tenía que decirle que Jean Decomble era la clave.

Y se lo dijo. Añadiendo:

—Lo he tenido tan claro desde el principio que, precisamente por eso, me he empeñado en seguir el sendero de lo difícil. Mi subconsciente se resistía a aceptar que pudiese ser tan sencillo. Geraldine —la miró muy fijamente de súbito—, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

Keith nada dijo.

Pero pensó que si Madeleine Moreau había muerto en 1948 y según se desprendía de los datos averiguados, Dominique había nacido un año y poco más antes de morir su madre... *en la actualidad debía contar treinta y tres años.*

Jean Decomble tenía la palabra, desde luego.

CAPÍTULO X

Y seguimos en París, noviembre 1980

—¿Otra vez aquí? —inquirió ella con cierta sorpresa—. No te esperaba tan pronto, *cheri*. —Es que soy el más rápido de este luminoso pueblo, ¿no lo sabías? Y además he tenido la inmensa suerte de que Jean Decomble haya resultado ser un hombre afabilísimo... ni se ha inmutado tan siquiera porque lo haya sacado de la cama a estas horas para hablar de ti, de *Dominique Moreau*. La descripción física que me ha hecho es perfectísima.

Hombre muy observador

m'sieu

Decomble.

—¡Keith...! ¡Pero...! ¿Qué estás diciendo?

Wilders estaba de pie frente a ella envolviéndola en una mirada fría, glacial, lo mismo que si sus verdosas pupilas se hubiesen convertido en dos translúcidos pedazos de hielo, en una pareja de menudos icebergs metidos en el interior de sus órbitas.

Excluida de sus labios la irónica sonrisa de hábito. Sin aquella expresión de fingida ingenuidad.

La miraba con expresión dura y al mismo tiempo con la serena pero fatídica imperturbabilidad con que un juez mira al acusado antes de dictar sentencia de muerte.

—Hemos llegado al fin, Dominique.

—¡Te has vuelto loco, Keith! —exclamó la mujer, con una desesperación que si era fingida no dejaba de encerrar el angustioso patetismo de la realidad.

—Poco ha faltado, prenda. Por milímetros no me habéis

mandado al manicomio entre tu tío y tú.

—Trata de ser sensato, por favor.

—Nunca lo he sido tanto, Dominique.

—¡Yo no soy Dominique Moreau!

Lo imprevisto, lo que ella no esperaba, sucedió entonces. Wilders, súbitamente, le cruzó el rostro con dos impresionantes, sonoras y violentas bofetadas, que la proyectaron contra una de las butacas del *living* y de allí al suelo.

Saltó sobre la muchacha con la agilidad que le era característica sujetándole ambas muñecas, pasándoselas a la espalda y ciñéndolas con unas espesas que acababa de extraer del bolsillo trasero del pantalón.

—¡Maldito seas! —Escupió la hembra, intentando escapar a lo que no tenía escapatoria.

Acto seguido, Keith, con tranquilidad y parsimonia, exhibió un estuche metálico achatado de cuyo interior sacó una jeringuilla con su correspondiente aguja hipodérmica y también una ampolla que contenía dos centímetros cúbicos de una solución de tonalidad grisácea.

Ella trató de resistirse pero Wilders, sin la menor contemplación, la atrapó por la cabellera tirando fuertemente hasta hacerla sollozar, al tiempo que le decía:

—¿No te va a importar que te vea el culo, verdad?

Y le arrancó el pantalón del pijama de un manotazo, añadiendo:

—Si no te estás quieta te garantizo que esto te dolerá.

Dejó de oponer resistencia y él, después de romper la cabeza de la ampolla y trasladar el líquido a la jeringuilla por medio de la hipodérmica se lo inyectó a la muchacha por vía intramuscular.

Explicándole:

—Tienes dentro de tu naturaleza un veneno bastante activo, ¿entiendes? Se trata de uno de esos herbicidas que emplean en el campo para destruir las hierbas nocivas antes de proceder a la siembra o plantación de cualquier semilla de fruta o vegetal. También se le conoce como fósforo orgánico, aunque no voy a decirte, es obvio, cual de ellos es concretamente. Para que te hagas una idea te diré que mis compatriotas lo utilizaron en el Vietnam echándolo sobre las plantaciones de arroz para forzar la huida de los vietnamitas y efectuar al cabo de un tiempo prudencial, porque

toda sustancia orgánica, en contacto con el aire se volatiliza, desembarcos aéreos. Tiene su antídoto, desde luego, pero en tu caso concreto, si no te lo administro en un plazo máximo de setenta y dos horas... *morirás*.

—¡Canalla!

—Gracias, modelo de virtudes. Y ahora, si te parece, como tú tienes menos tiempo que perder que yo, vamos a poner en orden todo este galimatías, ¿eh? Tanto él como tú, me refiero a tu tío del alma, sois de admirar, ¡palabra! Un argumento de suspense y confusionismo que no lo hubiese mejorado el más experto de los guionistas en la materia. Pero vayamos por partes, preciosa. Tú tenías el microfilm porque imagino que Melina Allasio te lo hizo llegar lo mismo que la escritura de propiedad del palacio de los Santini, ¿voy bien?

Ya no era momento de fingir. El veneno estaba circulando por su cuerpo y ella sabía perfectamente que un hombre como Keith no se andaba con bromas ni simulacros. Estaba en peligro de muerte y tenía que conjurarlo amparándose en la verdad.

—Sí. Mi madre depositó el microfilm que contenía los planos del invento de Remick en una caja de seguridad de un o banco a la que sólo ella y Melina tenían acceso. No sé cómo ni de qué manera llegó a enterarse, pero mi tío descubrió que había pasado a mi poder. Fue entonces cuando se me presentó descubriendo su identidad y ofreciéndome un millón de dólares a cambio del microfilm y de que colaborase en el plan que había urdido.

—Resucitar la leyenda de *Rouge Baiser* poniendo en la calle el rumor sobre la posibilidad de que ella siguiese con vida —añadió Keith. Y viendo el cabezazo de asentimiento de la mujer, prosiguió —: Tú te encargaste de eso con la sutileza que te es característica y la zorra de Karla von Schuster... ¿quejamos en que era una zorra, verdad?, lo sopló en los oídos de Gene Feldman después de que la noticia le hubiese llegado por otro conducto. Aquél lo hizo saber en uno de sus rutinarios informes a la Central y se le ordenó que trabajase en el asunto. Y fue muy rápido, ¿cierto? Porque a través de Melina Allasio y Jean Decoble, como me ha sucedido a mí pero con la diferencia de que él lo intuyó con mayor celeridad, llegó hasta ti. Gene volvió a Palermo para aclarar con Melina lo del microfilm y tú hiciste que se enterara de que también habías

viajado a Sicilia. Era demasiada la intimidad existente entre ambos como para que él no supiese donde localizarte, ¿no es eso? Y fue en el palacio de los Santini. Allí lo aguardabas tú y allí acudió él. ¿Adivino como le administraste el cianuro, prenda?

—Si eres tan deductivo...

—Si Sherlock Holmes viviera tendría que dedicarse a vender lotería por las calles. Fue mejor para él que Arthur Conan Doyle lo hiciera nacer el siglo pasado. ¿Decíamos? ¡Ah, sí, mis dotes deductivas! Elemental, mi querida Dominique: la barra de labios, el *Rouge Baiser*. Hija de galgo y no correr... Tú habías adherido a tu boca unas finas tirillas de caucho, como si de una mascarilla se tratase, que te protegía de los efectos letales del cianuro. Pero él no supo sustraerse a la última tentación... estabas desnuda y más excitante y provocativa que nunca, ¿me equivoco? Te debió besar en la boca apasionadamente, aunque supongo que después del último viaje al paraíso pensaba liquidarte...

—Lo pensaba, sí —ahora hablaba con despecho, con rabia, dejando por completo en el olvido cualquier fingimiento—. Pero su debilidad por la carne le llevó a ingerir el cianuro que contenía el lápiz labial.

—Correcto. Todo se desarrollaba de acuerdo con lo establecido en el plan elaborado por tu tío. Muerto Feldman la cosa tomaría auge e importancia. Un agente de la Central caía asesinado en la búsqueda de un microfilm lo cual alertaba a las otras redes de espionaje y le daba a la minúscula película un valor incalculable. Entonces entré yo en escena, el legendario Keith Wilders, el genio, el *non plus ultra* de la esfera de las intrigas a quien nadie había conseguido hacer salir de su ostracismo desde que se apartara del mundo de los enigmas abandonando la nómina de la CIA para recluirse en un lugar apartado de los conflictos y el ajetreo. Si Keith Wilders andaba en el asunto, si Keith Wilders había salido de su letargo, ¡la cuestión era de vital importancia! El microfilm, valía millones. Pero cometisteis el primer error con el atentado de Palermo porque eso me alertó, por lo rápido, pero al mismo tiempo por lo absurdo tuve que rechazar la hipótesis que traía consigo. Un plan perfecto no podía tener un fallo tan burdo e infantil, un fallo que prácticamente me cantaba el nombre de la eminencia gris que estaba en la sombra.

»Os disteis cuenta del error y por eso no volvió a repetirse la intentona de liquidarme hasta que no fuese de todo punto inevitable y necesario. Sería suficiente con envolverme en la telaraña de lo incomprensible que estabais tejiendo a mi alrededor. A cada paso surgía con mayor fuerza la posibilidad de que tu madre estuviese viva y en poder del microfilm... aunque un tipo llamado Oswald Kelly y la zorra de Karla, la propia Melina inclusive, me asegurasen que Madeleine estaba muerta y bien enterrada. Pero... ¿podía yo fiarme de alguien? ¿Qué carta tenía que jugar y de cual deshacerme? Lo importante para vosotros es que yo siguiera armando revuelo y que en el ámbito de los intrigantes sonara cada vez con mayor fuerza que Wilders seguía tras la pista del microfilm y a la búsqueda de una posible Madeleine Moreau escondida en alguna parte, con el rostro desfigurado...

Se interrumpió, mirando a la muchacha con escrutadora fijeza. Con ironía y desprecio también.

—Incluso habíais preparado con la suficiente antelación lo de Shelley Jones para cuando llegara el momento de jugar esa baza, una más de las muchas y desconcertantes que teníais preparadas. Tu tío tiene un intelecto privilegiado, hay que rendirse a la evidencia. Ése tenía que ser uno de los detalles que más me desorientaran, el que me crease mayor confusionismo si ello era ya posible. No sé cómo convencistéis a Shelley Jones para que se prestase al juego de alimentar la suposición de que Madeleine Moreau, muerta pero que muy muerta, la había suplantado operándose a la par que ella en la clínica de Bisset y adoptando luego su personalidad sirviéndose de su pasaporte y del hecho, en teoría, de que ambas tenían un rostro nuevo por lo que nadie podría identificarlas a excepción hecha de por sus impresiones dactilares. Pero eso era un detalle complejo, aleatorio, lo mismo que el ardid que empleásteis para convencer a la Jones, cosa que tampoco tiene ahora demasiada importancia. Las mujeres sois a veces, amén de zorras y sutiles, muy excéntricas. A lo peor estaba hasta el coco de su industrial marido de Iowa y decidió perderlo de vista gracias a la oportunidad que le brindábais. Pero os tocó colgarla de una cuerda cuando el detective contratado por su marido dio con ella. Si abrías la boca, tú, estabas perdida ¿verdad? Y llegado el momento tampoco podrías utilizar la historia creando un nuevo maquiavelismo en la mente del imbécil de turno, yo había

sido el elegido, haciéndole suponer que *Rouge Baiser* era en la actualidad Shelley Jones. En su momento harías correr el rumor como tantos otros que ya habías hecho circular... pero en este punto yo me he movido rápido y desde Washington han evitado que una vez más siguiese un sendero falso.

Una fugaz pausa. Después:

—¡Y era todo tan sencillo! Hubiese bastado con que al llegar de Palermo, tras escapar milagrosamente del atentado, me hubiera dirigido directamente al notario que te había trasladado la escritura de propiedad del palacio de los Santini... Pero como ocurre tantas veces, las hojas no me dejaron ver el bosque —otro lapso de silencio, un profundo e irónico suspiro, y—: Resumiendo y para concluir: la finalidad del proyecto era interesar a diferentes potencias por la posesión del microfilm encareciendo su precio primeramente con todo este fenomenal tinglado, la muerte de Gene Feldman, y la mía, cuando juzgáseis conveniente que la hora había llegado.

Tú, que estás en contacto con las redes que operan en París, te encargarías de la venta... *la venta de un duplicado, desde luego, porque el original está en América, en poder de tu tío, que pondría en marcha el ingenio y lo explotaría, antes que lo hiciera el país cuya organización lo hubiese adquirido.* Tú correrías un riesgo, sí, pero tenías el recurso de asegurar que ignorabas que Madeleine Moreau hubiese hecho una copia vendiéndola por su cuenta. Y eso encajaría perfectamente porque muchos seguirían alimentando la duda de si *Rouge Baiser* estaba viva o muerta.

—Eres un hombre hábil, muy hábil, Keith. Más que mi propio tío. Pese a saber la clase de individuo con quien estábamos jugando creo que te hemos subestimado —anunció ella, con expresión resignada—. Y ahora que lo sabes todo, ¿qué?

—Tú y yo, *ma petite chérie*, vamos a viajar a Estados Unidos esta misma madrugada. Si es que quieres que te aplique el antídoto, claro. ¡Ah...! Por si se te ha ocurrido pensarlo, descarta la posibilidad de que por medio de análisis sanguíneos se pueda llegar a descubrir la composición química del herbicida o fósforo orgánico que te he inoculado. Es difícilísimo, ¿entiendes? Y emplearían un tiempo superior al necesario para evitar tu óbito. Así que... ¿me acompañas a los dominios de Jimmy Carter? —Tú ganas, ex genio

de la CIA.

CAPÍTULO XI

Beverly Hills, Los Angeles, noviembre 1980

Con el rostro congestionado por la indignación y la sorpresa, chispeantes los ojos y prietos los labios hasta componer una dura línea recta, el hombre descargó un violento puñetazo sobre la mesa escritorio.

—¡Maldita sea! —estalló—. Te dije que bajo ningún concepto vinieses aquí. ¿Es que te has vuelto loca?

—Las cosas han cambiado notablemente en las últimas horas, tío —anunció ella con imperturbable serenidad.

—¡No me llames tío!

—¿Cómo debo llamarte entonces?

Seguía evidentemente alterado. Su irascible expresividad lo confirmaba.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —inquirió, desentendiéndose del interrogante de la muchacha.

—Keith Wilders ha llegado demasiado lejos y tú tienes la culpa de ello.

—¿Yo...? Tú eres quien ha estado manejando los hilos...

—Pero de acuerdo con tus instrucciones, no lo olvides.

—¿Dónde está Wilders ahora?

Ondularon los tupidos cortinajes de terciopelo que cubrían los amplios ventanales que daban al jardín de la residencia desde el despacho-biblioteca a cuya mesa, uno a cada lado, estaban sentados hombre y mujer.

Surgiendo por entre aquéllos una figura. Y una respuesta:

—Estoy aquí... *Gregory C. Shaw.*

El hombre de Hollywood se estremeció como si el suelo acabara de abrirse bajo sus pies y un violento terremoto amenazase con devastar la estancia.

Pero reaccionó con rapidez intentando abrir el cajón central del escritorio. En busca de una pistola, claro.

—Yo no lo haría, Shaw —anunció Wilders, ominoso, haciendo ostentación de la automática que empuñaba con firmeza. Ampliando—: Porque no sería correcto que en su papel de anfitrión se liase a tiros conmigo. Usted es hombre de buenas costumbres, ¿no? Al menos eso se supone en un caballero acostumbrado a manejar millones de dólares. Además, he venido a contarle una historia y creo que tiene el deber de escucharla.

Gregory C. Shaw que de su expresión indignada había pasado a la más viva y evidente estupefacción se mantuvo inmóvil y callado. Sin pestañear tan siquiera.

—Con su permiso entonces, señor Shaw —ironizó el ex miembro de la *Central Intelligence Agency*. Empezando—: Erase una vez un hombre llamado Stanley F. Shaw, hermano de Gregory C. Shaw y de Jerome H. Shaw, hoy jefe supremo de los servicios de la Central que operan en Europa, cuya familia de sólidos y rígidos preceptos, atenta a los convencionalismos sociales y a las inmejorables costumbres de la época, de estricta moral y otras zarandajas por el estilo... cuya familia, les explicaba, no veía con buenos ojos la anarquía de su proceder, sus teorías acerca de la emancipación, su rebeldía, su avanzado concepto acerca de la libertad del individuo y el derecho a ser y hacer de su persona lo que estimase más conveniente, su postura díscola y liberal; y todo eso, la incompreensión por parte de la familia y las continuadas y acres censuras, obligó al mayor de los hermanos Shaw a desaparecer de la noche a la mañana, sin dejar la nota que en esos casos suele dejarse, y sin dejar tampoco rastro alguno, decidido a integrarse en el mundo del celuloide... que era su vocación lo mismo que posteriormente fue la suya, ¿verdad Gregory C. Shaw? Para que nadie pudiera obstaculizar su camino ni relacionarle con su distinguida familia. Stanley adoptó una nueva personalidad bajo el nombre de Henry Temple. Debió empezar desde abajo pero pronto obtuvo el premio a su tenacidad y perseverancia porque entre

1 930 1945

se convirtió en uno de los más famosos directores de Hollywood a cuyas órdenes rodó *Rouge Baiser* la mayor parte de sus películas porque ambos estaban contratados por la «Meridian Fox».

—¿Cómo ha sabido todo eso, Wilders? —se decidió a preguntar el que permanecía inmóvil tras la mesa.

—Porque soy muy intuitivo y porque donde no ha llegado mi intuición han llegado las explicaciones de su sobrina.

—¡Estúpida!

—Si tú llevases circulando por el cuerpo una sustancia venenosa cuyo antídoto solo él conoce... ¿qué hubieras hecho? ¡Tú sí que eres un estúpido! ¿Quién te mandó meterte en este asunto? Otro cualquiera hubiese servido. Pero no... ¡tenía que ser el mejor! ¡Tú y tu absurda idea de que la muerte de Feldman y la intervención de Wilders harían que el microfilm se cotizase en una auténtica millonada! ¡Ahí lo tienes pues! La ambición te ha cegado de tal manera...

—Disculpen que interrumpa las diferencias familiares pero, con el debido respeto y el permiso de ambos, seguiré con mi historia, ¿les parece?

Silencio.

—Independientemente del contrato que les ligaba a la «Meridian Fox», Madeleine y Henry establecieron uno de privado y temporal a espaldas de Burt Remick, porque por lo visto y pese a lo enamorada que según se ha dicho estaba de él, a Madeleine, en la cama, uno le parecía poco... contrato en el que una de las cláusulas, por lo que se vio luego, les *obligaba a fabricar* esa preciosa mujercita que usted tiene delante, señor Shaw. A la muerte de ella, Henry Temple, no supo qué hacer con una niña de tan corta edad y la dejó en manos de un matrimonio portorriqueño cuyo cabeza. Rubén Bergen, adoptó a la criatura legalmente, sus artimañas y sus sobornos le costarían a Stanley F. Shaw, dándole su apellido y poniéndole por nombre... Catherine.

—¡No sé cómo he podido fiarme de ti, maldita sea! —estalló Gregory, incapaz de sujetar su indignación, consciente de que el plan tan metódicamente elaborado se estaba viniendo abajo con la mayor de las sencilleces—. ¡Permitir que haya llegado a averiguar quién eres!

—¡Es una chica monísima! —exclamó a su vez, burlón como de

costumbre, Wilders—. Incluso hemos estado juntos en el paraíso... aunque en principio se mostraba reacia a emprender el viaje. No se queje, Shaw, que Catherine Bergen lo ha hecho todo bien. Usted, falló, usted. El atentado en Palermo cuando sólo Ralph Stedman y Gregory C. Shaw sabían el porqué estaba yo allí... ¿hacia quién debía dirigir mis sospechas? Pero me pareció tan infantil que no quise creérmelo... aunque la hipótesis quedó fija en mi subconsciente. Usted sabía que si yo reaccionaba con lógica de Melina Allasio iba a parar directamente a su sobrina, pasando por Decomble, y todo se terminaba. Pero habían muchos obstáculos en el camino que desviaron mi atención y lo que en principio estaba claro se fue diluyendo entre el confusionismo y las continuas y desconcertantes alternativas, hasta conseguir que yo me ofuscara con la posibilidad de una *Rouge Baiser* viva, perdiendo el hilo y acabando por enredar yo mismo la madeja. Pero las aguas volvieron ayer por la noche a su cauce cuando Geraldine Leroux, a la que absurdamente había convertido en la principal sospechosa, a la que suponía hija de Madeleine Moreau, mientras ella no intentaba otra cosa que ayudarme, acabó de desconcertarme con sus explicaciones, con el relato sobre Shelley Jones, y pensé que para encontrar un rayo de luz en el oscuro laberinto donde usted y Catherine me habían encerrado, debía volver al punto de partida. A Palermo, a Melina Allasio... y no hizo falta el viaje porque entonces la luz inundó mi cerebro de claridad brillando con fuerza: JEAN DECOMBLE; el notario que trasladara la escritura de propiedad del palacio de los Santini a la hija de Madeleine por decisión de Melina... él era la clave.

El conocía a Dominique Moreau, a Catherine Bergen, ambas la misma persona. El original con el apellido de su madre soltera y el legal con el apellido de su padre adoptivo.

Una pausa fugaz.

—Y colorín colorado, el cuento de *Rouge Baiser* ha terminado. Usted no podrá vender el duplicado del microfilm y se verá en la obligación de entregar el original a la Administración Central para que Washington decida lo que debe hacerse. No ha podido ser, Gregory C. Shaw. Usted lo planeó a la perfección y sólo se le escaparon pequeños detalles, pero suficientes para que todo se desmoronara como así ha sucedido. Engañó a su propio hermano

con el supuesto acto de patriotismo que significaba recuperar el microfilm en el que estaba recogido el sensacional descubrimiento de un triste cámara de Hollywood. Y ahora, ya se me olvidaba, hay aquí conmigo tres caballeros que quieren saludarle...

Estaban, sí.

Ralph Stedman, Jerome H. Shaw y aquel que durante muchos años había vivido bajo el nombre de Henry Temple.

—Eres despreciable, ruin e indigno de llevar nuestro apellido. Por menores motivos yo hube de prescindir de él —fue precisamente Stanley F. Shaw, la supuesta oveja negra, el hijo pródigo, con el peso de los años encima y con el sufrimiento de una vida llena de dificultades pero modelo de honradez, quien así acababa de dirigirse al menor de sus hermanos.

Jerome sólo dijo:

—Puedes detenerlo, Ralph. Y no es necesario que le leas sus derechos. Un ser tan abominable como él no tiene derecho ni a vivir.

—Yo, señores, me retiro —anunció Wilders—. Los trapos sucios deben lavarse en familia.

Catherine Bergen, levemente impresionada por la inesperada presencia de su verdadero padre, se desentendió de aquella chispa de sentimentalismo, pegó un brinco saliendo de la silla en la que hasta entonces había permanecido sentada y exclamó:

—¡Keith...! ¡Por Dios! ¡El antídoto!

—Tranquila, *cherie*, tranquila. No sé de nadie que haya muerto por llevar entre los tejidos agua destilada. Ya te curarán en presidio porque presumo que ni los rusos van a poder evitar que te tires muchos añitos entre rejas americanas. ¡Adiós a todos! ¡Ah, Ralph, se me olvidaba! ¿A quién le cobro los quinientos mil restantes?

—Al maestro armero.

—¡Quién me mandaría moverme del lado de Morewna!

A la que por cierto le sentó fatal, como un tiro, que su amo, aquel precioso tarzán de los Everglades que había hecho de su soltería una diosa pagana y de su reducto paradisíaco de la punta subtropical de Florida un santuario donde adorarle... contrajese matrimonio de la noche a la mañana, y para pasarse el resto de las noches de su vida con ella, con una monería francesa llamada Geraldine Leroux.

—¿Y si hubiese sido yo la hija de *Rouge Baiser* como llegaste a sospechar?

Se encogió de hombros.

—Me hubiese casado con Catherine.

—¡Ah...! —Se volvió a poner el pantalón del pijama—. ¿Se trataba de acostarse con quien fuera, eh?

—Pero de una manera legal, criatura. Me estoy naciendo viejo, ¿es que no comprendes? Como todas me gustabais, para no complicarme más la vida de lo que ya me la habíais complicado vosotras, pensé que si alguna me parecía honesta, buena y hasta capaz de serme fiel... ¿Qué haces ahora?

—Quitarme el pantalón del pijama.

La chaqueta se la quitó él.

No era como para desearles felices sueños porque su intención no parecía ser la de dormir. Además, corrían el riesgo de tener pesadillas y estar viendo a *Rouge Baiser* por todas partes.

¿Saben qué estuvieron haciendo toda la noche?

¡Mal pensados!

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] Indios, indígenas del lugar. Tribu nativa del territorio de Florida.
(Nota del Autor). < <

[2] Este estilo de mobiliario proviene y toma su nombre de la reina Isabel 11 de España. Su mayor auge lo tuvo entre 1830-1870.

(Nota del Autor). < <

[3] En adelante, cuando autor o personajes se refieran a la «Central», los lectores deberán interpretar que se trata de la C. I. A.
(Nota del Editor). < <

[4] Tratado de Brujología: tratado sobre brujas o brujería. (Nota del Autor.). < <

[5] Obra del dramaturgo, polemista y crítico irlandés George BERNARD SHAW (Dublín. 1856 - Ayot St. Lawrence, 1950), llevada a la pantalla y producida por Gabriel Pascal en 1938, que tuvo por principales intérpretes a Leslie Howard y Wendy Hitler, bajo la dirección del propio Howard, que debutaba como tal y Anthony Asquith, con guión de Anatole de Grunwald, W. P. Lipscomb, Cecil Lewis, Ian Dalrymple y música de Arthur Honegger. (Nota del Autor.). < <

[6] Este componente químico y sus sales de sodio y potasio se encuentran entre los activos venenosos más eficaces y rápidos que se conocen. (Nota del Autor.). < <

[7] Gentilicio de los nacidos en Palermo. (Nota del Autor.). < <

[8] El autor ha considerado conveniente e interesante conservar en esta secuencia la pureza e integridad del idioma en que se produce el diálogo entre los protagonistas. Seguidamente ofrecemos la traducción:

—Hola, querida. Llegas tarde.

—Es cierto, y espero que sepas perdonarme. Ya sabes como está el tráfico; embotellamientos terribles. Ahora que lo pienso... ¿quién eres tú? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué razón te encuentro tendido en mi cama? —Si te digo que pasaba por aquí y que me he dicho... ¿me creerías?

—¡No!

—Entonces te diré la verdad. Me estoy relajando. Llevo una vida tan dura que no me puedo permitir el lujo de eludir la ocasión de un descanso. ¿Me crees ahora, verdad?

—¡Nones! Creo que ignoras que yo hablo tu lengua mejor que tú mi idioma. Para demostrártelo, seguiremos con los verbos de tu jerga... ¿O. K.?

—¡De acuerdo, querida! (Nota del Editor.). < <

[9] En el argot de la delincuencia, calificativo que se da a los miembros de la policía secreta. (Nota del Autor.). < <

[10] Sinónimo de *fraulein* (señorita) pero en tono más cariñoso. En alemán todo sustantivo se escribe en mayúscula. (Nota del Autor).

< <

[11] Existe una obra del mismo título, publicada en España, de la que es autor KARL von VEREITER, experto en temas de la II Guerra Mundial y del III Reich. (Nota del Autor.). < <